AUCA

REVISTA LITERARIA Y ARTÍSTICA

POESÍA
NARRATIVA
MÚSICA

ARTES PLÁSTICAS
CINE
ACTUALIDAD

Asociación Cultural Auca de las Letras
Revista cuatrimestral
Precio 2'50€

Nº 8 noviembre 2006

AUCA

© De los autores

Dirección : María José Arques
Subdirección : María Amparo Benito Díez
Coordinación : Manuel Parra Pozuelo
Consejo de Redacción : Francisco Alonso Ruiz, María José Arques, Francisco Javier Fernández, Rafaela Lillo, Manuel Parra Pozuelo, María Isabel Pintos,
Consejo Asesor : Mati Bautista, María Amparo Benito Díez, Lucía Espín, Sergio Gadea, Luis S. Taza Hernández
Maquetación : Francisco Javier Fernández
Diseño : Grupo Cultural "Auca de las Letras"
Delegada de ventas : Lucía Espín
Depósito Legal : A-469-2004
ISSN : 1697- 9877

Ilustración de la portada: *In progress utopía*, Iluminada Torres-García.

Imprime: Copistería Velázquez. GRAFIBEL 2010. S.L.
C/ Padre Mariana,15 – bajo. 03004 Alicante.

Colaboraciones y correspondencia:
C/ Martín Lutero King 4, Bloque 4-1, 5º C, 03010 Alicante.
mariajoseac@ono.com
Móvil: 679248312
aucadelasletras@hotmail.com

En relación con posibles colaboraciones, aquellas personas interesadas en realizarlas deberán dirigirse a nuestras direcciones de correo electrónico o postal para solicitar las normas de estilo de AUCA y enviar sus escritos, con arreglo a estas normas, a la dirección y en el formato que se indican. El consejo de redacción decidirá, en todo caso, sobre la pertinencia de su publicación.

La revista Auca no comparte necesariamente las opiniones vertidas en sus páginas, siendo los contenidos responsabilidad exclusiva de los autores.

ÍNDICE

Editorial	Mª José Arques	4
El peregrino del mar	Airam Lebasi	5
La página	Francisco Alonso Ruiz	6
El lenguaje es una piel/la resistencia de la tinta	Virgilio Tortosa	7
El futuro permanece intacto	Mª Amparo Benito Díez	8
Terapia para sosegar el alma	Mati Bautista	9
En el infierno	Miguel Ángel Pérez Oca	10
Ritual del deseo	Fco. Javier Fernández	14
El cajón peruano o saber de su sabor	Mª José Arques	15
Fueron sueños	Áurea López Quiles	16
Los viejos discos	Sergio Gadea Escudero	17
La zarza	Rafaela Lillo	18
Ilusionado	Mercedes Gutiérrez	19
Nunca se me dieron bien las matemáticas	Mª Amparo Benito Díez	23
Tras los pasos de Platero	Airam Lebasi	24
Letras negras	Lucía Espín	27
Un soneto sin autor	Francisco Alonso Ruiz	28
Ecología	José Antonio Suárez	30
La abuela de Adán Aliaga	Mati Bautista	31
Mini cines Astoria. (26 de mayo de 1979-16 de julio de 2006): De *Estado de sitio* a *La bicicleta*	Gonzalo Eulogio	35
Declaración	Nelson Castillo	37
Néstor	Rafaela Lillo	38
Moon River	Joaquín Juan Penalva	42
Sojuzgan vuestra forma de amar	Mª Amparo Benito Díez	43
Carta contra el olvido	Fco. Javier Fernández	44
La escalera	Mª José Arques	47
Enamorado estoy	Manuel Parra Pozuelo	48
Miosotis	Airam Lebasi	49
Ínclito saber	Rafaela Lillo	50
Decálogo de la buena infancia	Fco. Javier Fernández	51
Dani	Francisco Gómez	52
Gotas de agua	Julia Díaz Climent	55
Paloma Loribo. Arte africano	Mª José Arques	56
A propósito de la guerra	Juan José Alcolea Jiménez	58
Cuerpos	Francisco Alonso Ruiz	59
La herida	Mati Bautista	61
Una novela negra con el alma blanca	Manuel Parra Pozuelo	62
Territorios de sombra donde la luz habita	Manuel Parra Pozuelo	65

EDITORIAL

El colectivo literario Auca de las Letras pretende que la revista Auca constituya un escaparate, un medio de comunicación, una vía de transmisión para la divulgación y desarrollo de la producción creativa de escritores de lengua hispana repartidos por toda la geografía mundial, promoviendo y difundiendo, con rigor y seriedad, sus creaciones artísticas.

Nuestra revista ha experimentado una notoria evolución gracias al soporte de las subvenciones recibidas, a las suscripciones, que cada vez son más numerosas y, por supuesto, al trabajo cooperativo y multidisciplinar de los integrantes de la asociación, incitados por un marco psicológico común, denominado entusiasmo. Esta animosidad vital se evidencia en los nueve números publicados desde marzo del año dos mil cuatro, cuando José Luis Ferris apostó por Auca y la "bautizó" en un acto celebrado en el Centro Cultural de las Artes.

En este número de Auca, contamos con nuevos nombres de autores colaboradores, como Virgilio Tortosa, que nos ha enviado un poema de arte poética titulado *El lenguaje es una piel /la resistencia de la tinta.* Miguel Ángel Pérez Oca nos relata los supuestos avatares propios de vivir *En el infierno.*

Mercedes Gutiérrez García, nos cuenta desde Ohio, una historia de paradojas cotidianas en un texto que lleva por título *Ilusionado.* El sociólogo y filósofo José Antonio Suárez nos deleita con su poema *Ecología.*

Conmovedor resulta el artículo *Minicines Astoria (26 de mayo de 1979-16 de julio de 2006): de "Estado de sitio" a "La bicicleta",* en el que Gonzalo Eulogio nos traslada a las butacas de esta emblemática sala de cine alicantina, plagada, impregnada de hermosos recuerdos.

Moon River es el título del poema aportado por Joaquín Juan Penalva. Desde Cuba, Nelson Castillo nos hace una poética *Declaración.* Inquietante resulta, también, la declaración que propugna Juan José Alcolea en su poema *A propósito de la guerra.*

La cultura alicantina, siempre presente en las páginas de Auca, ha cogido la cámara para filmar *La casa de mi abuela*, la última película del cineasta nacido en Alicante, Adán Aliaga, que, entrevistado por nuestra compañera Mati Bautista, nos narra los pormenores de la realización de este film, que opta a ser preseleccionado para participar en los premios Oscar de la próxima edición.

Decir por último que, recientemente, ha visto la luz el poemario de nuestra compañera Rafela Lillo titulado *La semilla del tiempo*, publicado por Ediciones Torremozas.

Esperamos que los contenidos de esta revista constituyan una fuente de complacencia para los lectores y les emplazamos al disfrute de nuestro próximo número que será un monográfico dedicado al novelista alicantino Gabriel Miró.

María José Arques

EL PEREGRINO DEL MAR

El sol raya el alba. El agua de la ría refleja el amanecer de nubes diáfanas, ligeras, cárdenas y negras. Los pájaros arrecian con sus trinos en el interior del marjal. El silencio se hace grito en el graznar de las urracas que charran alertando del paso de algún intruso, o el escarceo de las gaviotas en la orilla, que compiten en giros alados con las brisas.

Un hombre, sentado en las rocas que lame el mar, parece escuchar los murmullos. En el claror se dibuja su silueta delgada, de aspecto enjuto y cenceño, como sombra de sauce, o hierba de ribera. Su cabeza, de perfil agudo, pone una nota de esfinge en la luz que mañanea. Tirado bajo los pinos está un cayado de peregrino y la capa con la esclavina de vieiras. Rozando la arena, una barca se balancea sujeta por un cabo que la ata al ancla. Al fondo del cuadro, una mejillonera dibuja su silueta de brea. En su plataforma, entre las luces del amanecer, dos siluetas se recortan en fogosa gesticulación, cual marionetas en un teatrillo. De la caseta que hay en el centro sale un fogonazo. Una de las sombras cae. Susurra el mar, suena el silencio. El hombre sentado en la roca se mueve sigilosamente. Penetra en la maleza. Se oculta. Vigilante, espera. Un brazo fuerte y firme le rodea el cuello. Un latido abre una rosa roja en su cráneo. Sin grito se desliza sobre sí mismo en blando sonido hueco.

Se aleja la barca de la orilla, silenciosa, bajo un destello del sol que asoma. En la distancia repiquetea un motor que se expande en ecos que abarcan el agua de espejo de la ría inocente y ciega. Toda la escena reposa cortada por la estela. Dos cormoranes, estáticos en los escollos, miran insomnes al mar que reverbera.

La prensa del día siguiente publicaba las siguientes noticias:

LA VOZ DE GALICIA **Sucesos. Sección da Arousa** –

Ha aparecido en el humedal Do Carreirón un hombre de mediana edad con un balazo en el cráneo. Por su vestimenta se cree que es un peregrino de Compostela. Se sospecha que fue testigo de algún asunto relacionado con la droga. La policía sigue una pista.

Otra vez actúa la mafia de la droga.

En la playa das Patiñas, frente a O Carreirón, se encontró el cuerpo de J. V. conocido narco, muerto de un balazo en el pecho. Se cree que tiene que ver con un ajuste de cuentas entre traficantes. Su cuerpo mostraba señales de haber permanecido horas en el agua.

Airam Lebasi

La página

La página que nunca estuvo escrita
jamás tus ojos de lector anegue
con su vacío ineludible, o ciegue,
con su blancura larga e infinita,

las vigilias o insomnios. Que en los días
en que recorres todo el laberinto,
nunca encuentres el libro que es distinto.
Que hay en su texto las cosmogonías,

las fingidas verdades, los arcanos
del imposible mundo en que vivimos,
y las tierras que nunca conocimos,
y los hondos abismos infrahumanos,

los temores del hombre, y sus infiernos.
Todo en el libro se ha quedado escrito,
pero hay una página en que el grito
salta y rompe los límites eternos...

Dicen, quizá, que en una biblioteca
escocesa, o en una librería,
el libro del que os hablo aún existía
no hace aún mucho tiempo. Una reseca

anciana me lo dijo: El que lo encuentre
y lo lea, al llegar la hora fatídica
(la hora arcádica, la hora metafísica)
que no pase esa página, ni entre

en sus misterios, ni conozca aquello
que escrito aún no está, que ha de escribirse
cuando alguien lo lea, y transcribirse
a las tres de la tarde. Nadie el sello

abra o la cerradura, aún cerrada,
del libro y del capítulo no escrito.
Que, cuando escrito quede, el Infinito
será polvo y ceniza, sombra y nada.

Francisco Alonso Ruiz

El lenguaje es una piel//la resistencia de la tinta

Como cuando se respira la nitidez matinal
aislado y en plena montaña
hincho los pulmones de ti
con el único propósito validado de vaciarme de mí
como desescribir de día y volver sobre las huellas
del pasado en esta oscuridad de palabras
voy tintando la noche con imposibles de neón
como si avanzar para retroceder
como si destruir para crear
como si proyectar para imaginarte
pero sobre todo como si meditar para mencionarte
entre los pliegues rugosos del papel con la voz de tu garganta
y la niebla de los días dando paso al sol de la madrugada
en ese imposible de tinta
tan extrañamente mistérica
con tus detalles y fulguraciones
que llenan una sola vida
un ser inerte que despierta a la realidad
al teñirme de ti
en esa premonición constante
de suspiros contra suplicios.

Sólo ahora lo puedo saber:
el lenguaje es una piel
que se ajusta incontrolable
al avance de tu voz
desde tu garganta rumor de mar adentro.

Virgilio Tortosa

El futuro permanece intacto

.

El futuro
se preservaba aún para nosotros
intacto.
Pensar en él
significaba
enfrentarse a un juego
de obligaciones,
libertad coloreada de antojos,
de incertidumbres
y consecuencias.

Con invencible fuerza,
irrumpimos por ciclos crecientes de vigor,
y, cómplices en lo desconocido,
nos esforzamos por crecer
al brote de unas hojas
que agrandaron la cumbre de los besos.

Relojes de juventud,
minutero que marca en la piel
la experiencia hallada en el camino.

Y despertamos
abriendo la ventana del pasado,
el aire que aguardaba
fragante de jazmín
nos regresó al presente,
sin desvelarnos la incógnita inmediata.

Como siempre,
el futuro estaba eternamente por decir.

Mª Amparo Benito Díez

Terapia para sosegar el alma

Los abrazos, las caricias,
las miradas y las palabras
que no des, contigo morirán.

No pierdas la asignatura.
Que tienes que morir
a cada curso.

Contempla el tiempo
detenido.

Salte en todos los sentidos
de las autopistas.

No mates el proyecto por
llegar deprisa.

Piérdete por donde no sepas.

Como buen peregrino
anda a pie las veredas
sendas y caminos.

Reparte los abrazos,
las miradas, las palabras
que van contigo.

Mati Bautista

EN EL INFIERNO

Cuando se despertó el Presidente, el general Conan Powers estaba finalizando su exposición. El general era un hombre meticuloso, exageradamente detallista en sus discursos, incapaz de ir al grano, de resumir una idea hasta hacerla comprensible en unas pocas palabras. Inevitablemente, se remontaba a las fuentes, a los orígenes de cada situación, en recesiones interminables y continuos saltos atrás y adelante que alargaban innecesariamente las argumentaciones y que, a menudo, provocaban el aburrimiento y la pérdida final del hilo del relato, por parte de sus oyentes. El Presidente no podía sufrir las explicaciones del general Powers, por otra parte tan eficiente, culto, valeroso y leal soldado. Por eso, invariablemente, se quedaba dormido cada vez que el famoso militar tomaba la palabra. Un raro instinto, desarrollado en su larga carrera política, hacía que siempre acabara despertándose justo en las postrimerías de la disertación. De hecho, nadie diría que el Presidente se había quedado traspuesto durante la misma. Él cerraba los ojos y mantenía un gesto adusto y una postura grave y erguida, que cualquiera hubiese podido interpretar como indicativos de una profunda reflexión. Pero la verdad es que dormía, e incluso soñaba, hasta que los énfasis finales del ponente le advertían que estaba a punto de culminar su intervención. Y no sólo le pasaba así con el general Powers, sino con todo pelmazo que lo aburriera con un derroche de palabras innecesarias.

Afortunadamente, el Presidente tenía un cómplice para estas situaciones. Frankenstheimer, el director de la Agencia Especial de Seguridad e Información, solía hacerle un resumido análisis de lo dicho durante cada reunión, una vez terminada. A diferencia del general, el director Frankenstheimer era un hombre de pocas palabras, conciso y breve en sus explicaciones, y tan claro e ilustrativo que hasta una mente adormilada y confundida por el estrés, como la del Presidente, era capaz de captar una idea global de cualquier evento, tras escuchar dos o tres frases de Frankenstheimer, acompañadas de unos cuantos significativos gestos.

—Bueno, ¿qué ha dicho esta vez ese pesado?— preguntó en voz baja el Presidente, disimulando un bostezo, mientras se despedía con un ademán de todos los miembros del Comité de Emergencias.

Lo que ya sabíamos —contestó Frankenstheimer, mientras parecía contemplar el jardín a través de los ventanales. Esperaba a que el último miembro del comité abandonase el despacho, para hablar con libertad.

—Mire usted, señor Presidente, para decir que no podemos castigar a los culpables del último atentado terrorista, no hacía falta soltarnos un rollo de hora y media.

El Presidente miró a su hombre de confianza con una mezcla de inseguridad e indignación.

—¿Cómo que no podemos castigarlos? ¡Desde luego que los vamos a castigar, aunque haya que ir a buscarlos al Infierno!

El director Frankenstheimer esbozó una enigmática sonrisa.

—Es posible que tengamos que hacer eso, precisamente.

—No le entiendo, Frankenstheimer —estalló el Presidente. No sé qué entiendo menos, si el soporífero sermón del general Powers o las evasivas y enigmáticas explicaciones que me está usted dando.

Frankenstheimer respiró hondo y, contra su costumbre, dedicó a su jefe una larga parrafada.

—En primer lugar, señor Presidente, el castigo de los culpables es imposible, por la sencilla razón de que éstos eran suicidas y se han inmolado al realizar su espantoso

acto de terrorismo. Lo que el general nos ha dicho es que por encima de estos autores materiales no se ha podido localizar a ningún cerebro organizador. Ellos solos prepararon el golpe y ellos solos lo han llevado a cabo, entregando su vida al hacerlo. Por lo tanto, están muertos, todos muertos, riéndose de nosotros desde el Paraíso de los mártires musulmanes...

—¡Ah, no! ¡De ninguna manera! —gritó, desesperado, el Presidente Yo tengo que castigar a alguien. Nuestro país no será el hazmerreír del Mundo. Tiene usted que capturar a los culpables o no volveremos a ganar jamás unas elecciones. Amigo Frankenstheimer, ¡el pueblo pide cabezas y yo se las voy a dar!

El director de Seguridad e Información sonrió ladinamente.

—Pero los culpables ya están muertos, fuera de nuestro alcance para castigarlos —hizo una larga pausa. —A menos que...

El Presidente miró impaciente a Frankenstheimer.

—Vamos, acabe. ¿A menos qué?

Frankenstheimer suspiró e hinchó el pecho, antes de hacer su confesión.

—Durante muchos años, y en secreto, mi departamento ha estado realizando una serie de complicados experimentos. Nunca hemos informado de ello a nuestros superiores, ni siquiera a usted ni a sus antecesores en la Presidencia. El asunto era tan inaudito, tan terrible, que no nos atrevimos a participar de él a nadie ajeno al laboratorio hasta estar seguros del éxito...

—¿De qué me esta usted hablando? —inquirió el Presidente, entre amenazador y sobrecogido.

—Hablo de una unidad secreta de nuestro ejército. La denominamos G.I.M. —hizo una larga pausa, como para preparar a su interlocutor—, siglas que quieren decir: Grupo de Intervención Metafísica. Es un comando capacitado para operar en el otro mundo, con el fin de conseguir información o llevar a cabo capturas de personas hostiles ya fallecidas.

El Presidente no podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Me dice usted que podríamos mandar a esa unidad al Paraíso de los musulmanes con la misión de capturar a los terroristas?

Frankenstheimer se mostró, esta vez, tan escueto como era su costumbre. Sólo hizo un leve gesto de asentimiento con la cabeza.

—¡Vamos, vamos! No me lo puedo creer... Pero, en todo caso, quiero ver a ese grupo aquí mismo, inmediatamente.

—Sólo tardaré media hora. Desde hace unos días, los tengo concentrados en su base del Cuartel General, en previsión de lo que hoy ha ocurrido —y recriminó a su jefe. Ya se lo había advertido muchas veces. Le dije a usted y a sus ministros que iba a suceder algo muy grave; pero nadie me hizo caso...

Y marcó un número en su teléfono móvil.

Veintidós minutos más tarde, tres personas de aspecto muy desigual estaban ante el Presidente y el director Frankenstheimer.

Un individuo de negro, con gafas de gruesos cristales, encorvado bajo el peso de unos leves y caídos hombros, dijo llamarse Boetius, reverendo Jeremías Boetius, teólogo y erudito en libros sagrados. A su lado revoloteaba una dama oronda y pizpireta, vestida con un larga túnica azul y luciendo un voluminoso y llamativo moño blanco, tras una cabeza pequeña y redonda, y una cara sonrosada en la que brillaba una invariable sonrisa; era madame Casandra, médium y vidente. Cerraba el grupo un hombre increíblemente fornido, que se presentaba ante sus jefes en rígida posición de firme, vestido con un traje de campaña y pertrechado con toda clase de armas peligrosas, que colgaban de su cinto como el muestrario de un viajante de ferretería.

—Él es Krambo, nuestro super-héroe transgénico, producto de años y años de experimentos secretos. Nos costó miles de pruebas y montones de dinero conseguirlo, pero aquí está. Es el prototipo del guerrero ideal. Su cerebro ha sido programado

genéticamente para obedecer sin rechistar. No conoce el miedo, la piedad, la generosidad, la culpa ni el egoísmo. Sólo es capaz de interesarse por las armas, las artes marciales y las tácticas militares. Su cuerpo, fortalecido mediante implantaciones genéticas de los más diversos animales, es capaz de sobrevivir en cualquier condición adversa. Sus miembros se regeneran en pocos meses, si son amputados. Puede mantenerse indefinidamente bajo el agua, respirando por medio de agallas que posee tras las orejas. Se alimenta con cualquier cosa, papel, madera, excrementos o incluso cadáveres de sus enemigos. Y no cejará en el cumplimiento de su misión mientras esté vivo... ni aún después de muerto, si se lo ordenamos.

El aludido dio un sonoro taconazo.

—A sus órdenes, señor Presidente.

Los otros dos se habían limitado a dirigir al mandatario una respetuosa inclinación de cabeza.

—Y bien —dijo el Presidente, mirando fijamente al director Frankenstheimer, ¿qué pueden hacer nuestros tres agentes para castigar a los culpables?

—El reverendo Boetius —dijo Frankenstheimer, sin más dilaciones ha averiguado, tras descifrar viejos textos de los sufíes y de los caballeros templarios, que existe un tortuoso camino, establecido desde los tiempos remotos de las religiones célticas, que conduce, tras muchas dificultades y peligros, desde el Cielo cristiano hasta el Paraíso musulmán; de tal manera que un héroe dotado de gran fortaleza y valor podría recorrerlo y pasar del uno al otro, con el fin de capturar a los enemigos y llevarlos a nuestro Cielo, donde serían juzgados según nuestras normas...

—Pero —objetó el Presidente, para estar en el Cielo, tiene uno que haber muerto.

Frankenstheimer le mostró una sonrisa indescriptible.

—Efectivamente. Nuestro hombre tiene que estar muerto.

—Pero, entonces, ¿cómo sabremos que ha tenido éxito?

—Porque se comunicará con madame Casandra, que es una acreditada médium.

—Y nuestro héroe metafísico, dispuesto a morir para llevar a cabo su misión —concluyó el Presidente, en un inesperado alarde de lucidez, sería...

Krambo, el super-héroe transgénico, dio otro sonoro taconazo.

—A sus órdenes, señor Presidente. Estoy dispuesto.

El Presidente se limpió con un pañuelo el sudor que corría por sus mejillas.

—¡No me lo puedo creer! ¡Esto es demasiado fantástico!

—Pero, si llega a tener éxito —le replicó Frankenstheimer, nadie, suicida o no, quedará fuera de nuestro alcance. Nadie se atreverá a desafiarnos, nunca más. ¿Se lo imagina, señor Presidente? Se implantará nuestra justicia en este mundo y en el otro... y será mérito suyo.

El Presidente dudó durante un largo rato. Algo, en todo aquel asunto, le sonaba a blasfemia. Y él, aunque pecador y marrullero en política, se había criado en un ambiente piadoso y puritano.

—Sólo temo que sea pecado hacer esto...

—Si lo fuese —insistía, persuasivo, el director de Seguridad e Información, ¿para qué hubieran construido el camino los viejos y venerables druidas? ¿Por qué no lo han destruido los santos de las dos religiones? Hay una razón para su permanencia, una razón que nos dice que es lícito usar ese atajo metafísico para que prevalezca la justicia.

—Está bien —suspiró el Presidente. Así sea. Proceda usted.

Frankenstheimer habló unos momentos con los componentes del comando. Después, Krambo y el reverendo Boetius se retiraron a un rincón.

—Krambo está confesando sus pecados al reverendo, que luego lo absolverá y le dará la comunión —explicaba Frankenstheimer al Presidente. Así nos aseguramos de que nuestro héroe metafísico irá derecho al Cielo.

El guerrero se plantó en el centro de la sala.

—Estoy listo, señor —dijo cuadrándose ante Frankenstheimer, sin ningún signo de emoción en la voz.

Y Frankenstheimer sacó una pistola diminuta del bolsillo interior de su chaqueta y, sin más, le pegó un tiro en la cabeza al héroe. El pesado cuerpo de Krambo cayó sobre la alfombra del despacho, manchándola de sangre.

De inmediato, madame Casandra empezó a convulsionarse aparatosamente. Frankenstheimer y el reverendo Boetius la llevaron hasta un diván cercano y la recostaron en él, ante la atónita mirada del Presidente.

La voz de Krambo surgió de la garganta de madame Casandra, con resonancias de ultratumba.

—Ya estoy aquí —decía, y tengo ante mí el camino. Hay hondos precipicios a los dos lados y hace un frío espantoso, pero podré atravesarlo...

Transcurrió un breve intervalo, hasta que, de nuevo, se oyó la voz del fantasma de Krambo, con un timbre de decepción en sus palabras.

—¡No están aquí! ¡No están aquí! Ya han sido juzgados y enviados al Infierno, a donde también irán todos los demás culpables.

—¿Los demás culpables? —preguntó el Presidente.

—Sí, todos los demás culpables.

—Entonces, aún quedan en este mundo algunos individuos que comparten responsabilidades con los terroristas suicidas. Todavía tenemos a quién castigar. ¿Ve, usted, Frankenstheimer, cómo yo tenía razón?

Se hizo un largo silencio, antes de que la médium volviera a hablar.

—Sí, hay muchos responsables de estas atrocidades. Los terroristas son los culpables directos y su delito no tiene excusa alguna; pero, antes de que ellos elaboraran las disparatadas razones de sus actos, hubo otros, cargados de avaricia y de vesanía, de imprudencia e insolidaridad, que crearon las condiciones necesarias para que la locura ganara entusiastas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el Presidente a una congestionada madame Casandra, cuya extraña voz respondió:

—Que si los gobernantes y los poderosos de Occidente no hubieran explotado, masacrado y burlado durante siglos a tanta gente de los países pobres, si no se hubieran enriquecido a costa de su hambre, su enfermedad y su ignorancia, no habrían surgido esas generaciones desesperadas que son caldo de cultivo de fanáticos y locos, tan fáciles de manipular por los líderes de oscuras intenciones...

El Presidente, temblando de pies a cabeza, hizo la pregunta definitiva.

—¿Soy yo también uno de esos culpables?

—Sí, lo eres —le contestó la voz. Y ya estás en el Infierno, aunque no te lo parezca. Porque el Infierno brinda a todos un servicio personalizado que cada cual recibe a su manera, dentro de su propia alma. El tuyo consiste en vivir eternamente esta situación, prisionero para siempre en un bucle del espacio—tiempo. Despertarás infinitas veces, para verte morir en un acto de loca venganza...

El creciente rugido de los motores de un avión hizo vibrar los cristales de las ventanas. El Presidente sólo tuvo tiempo para volverse, espantado, y ver el morro de un reactor de pasajeros que se dirigía justo hacia él. Tras el parabrisas del piloto, un hombre de rostro enajenado movía los labios, pronunciando una y otra vez la misma frase:

—Alá akbar, Alá akbar...

Cuando se despertó, con un ligero sobresalto, el general Conan Powers estaba finalizando su exposición...

Miguel Ángel Pérez Oca

Ritual del deseo

Los domingos suelen crecer merecedores de lluvia.

Acontecen con esa letanía con que el ganado pasta indiferente
ante el dolor de un clima turbador y una sombra verdusca.

Los domingos amenazan de continuo con ser lunes
y es por todos bien sabido que los lunes... nunca llueve.

Tú estacionas tus miedos
en ese estado de sitio que es la noche,
abandonas de tu cuerpo lo que de corpóreo tiene
y, de puntillas,
entras en la estación de los velos,
para ir soñando despacio… sin espantar a los sueños.

Tú presientes real lo que te está ocurriendo.
Es un deseo fungible instalado en el remanso
de una realidad lacrada que yo he sellado,
mientras sigues filtrando, con el cedazo del tiempo,
lo que en nosotros es aún sueño de lo que ya fue soñado.
Hacemos todo con esperanza incierta y un cierto desencanto
aunque nada vaya pasando mientras en ello estemos.

Y quisieras
que una tromba de agua barriera esta penumbra
y purificara el aire de todo alimento que no fuese sazonado
con el limpio condimento de la magia.

Clamarías
para que un oleaje bramara colérico
transformando el deseo
en algo recordado.

Que amaneciera
con el reloj quebrado, el segundero quieto
y los minutos varados en la costa
de los días venideros donde el tiempo
se desentendiera de ellos.

Desearías
que un milagro te colmara de misterio
y que volviera la noche y regresara el deseo,
y sentirte deseada y pulsar el firmamento
y que, nuevamente, volviera a ser domingo
para ver llover de nuevo.

Fco. Javier Fernández

EL CAJÓN PERUANO O SABER DE SU SABOR

Me pasé media vida silenciando historias, dormitando encuentros. La dubitación constante no fue suficiente penitencia para dejar en buen estado la eterna deuda que ni siquiera supimos que habíamos contraído. El miedo a involucrarse fue evidente y entonces comprendí que los tiempos tenían un espacio propio y que existían momentos que no podían ser profanados sin cometer un tremendo sacrilegio.

Descubrí la razón de mi profunda melancolía una tarde de junio mientras veía en el canal *Cosmopolitan* una película mejicana, la *road movie* de Alfonso Cuarón titulada *Y tu mamá también.* Mi computador bajaba canciones de *La Oreja de Van Gogh.* Eso fue lo único ilegal que mi corazón permitió en aquella etapa de hipotética espera surrealista en la cual mi alma gemela protegía los corales de los arrecifes y viajaba escondido en helicópteros por las tierras calientes de América, mientras yo tomaba posiciones en la lírica.

Acababa de ingerir un café con leche que me había preparado con la ayuda del microondas, cuando sonó el timbre de la puerta de casa. Era Miguel. Venía con un cajón peruano entre sus brazos. Lo dejó en el salón.

—Nunca he experimentado con esto. Pero suena que no veas…

—Ya me imagino…—dije con un poco de desgana, temiéndome que la siesta se había terminado.

Miguel comenzó a tocar el cajón. ¡Cómo sonaba aquello! Pensé que de un momento a otro mi casa se iba a llenar de vecinos reivindicando su derecho a un equilibrio de decibelios y que el improvisado concierto terminaría. De pronto, Miguel me miró sin verme y supe que ya no estaba allí, al lado de mi sofá moteado. Una música antigua se lo había llevado muy lejos. Sudaba. Sus músculos dibujaron perfiles insospechados rozando el aire. Las historias se acumulaban en mi cabeza, al ritmo de la música. No recuerdo cuándo decidí besarle, ni cuándo las notas dejaron de sonar. Sólo sé que al sentirnos libres de aquel trance del que fuimos presos durante más de media hora, él dijo:

—Dime que me quieres mucho y sólo a mí. Dímelo.

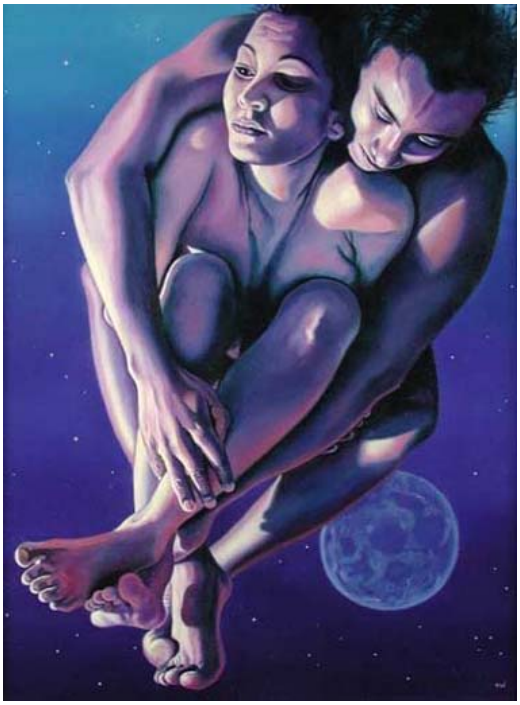
Yo recordé a Maribel Verdú en el film de Cuarón y me reí, me reí mucho.

Miguel cogió su instrumento y se fue.

Oí las aspas de un helicóptero cortando el cielo…

María José Arques

Fueron sueños



Fueron mañanas débilmente soleadas
cuando caminábamos juntos a la estación
mientras nuestros pasos recorrían el tiempo de la realidad
y la música huía de nuestras palabras.

Fueron tardes de lluvia que llovía continua
desde el pelo a los zapatos y hasta el mismo corazón
en el silencio de las calles de aquella ciudad
gris que pasó por mi lado precipitándose.

Fueron noches oscuras del más largo y duro invierno
en las que tú, producto imaginario, lo ocupabas todo.
Fueron sueños en los que golpeabas mi espalda
fuertemente para que crecieran alas de unos muñones viejos.

Áurea López Quiles

Los viejos discos

Las viejas canciones
son como los viejos amigos,
traen los mismos recuerdos,
traen las mismas sensaciones aletargadas
que de súbito despiertan.
También traen el olor a soledad,
a esa soledad que ya no recordábamos.

Los viejos discos suenan
como flores marchitas,
como tristes náyades cantando
en el lago del fin del tiempo

Los viejos discos
nos recuerdan calles, casas
donde vivían amigos que
los ponían hasta la extenuación;
amigos que ya no volverán, aunque existan,
aunque estén entre las notas de las viejas grabaciones.

Poseo cientos de viejos discos
como conocí a centenares de gentes,
con diferentes sistemas de vida,
con distintos gustos musicales.

Hay discos que ya no se pueden oír
como hubo amigos que cambiaron y
nunca más sabremos de ellos,
más la memoria ha de saber conservar
el eco de sus voces,
o el color de sus rostros,
o la cercanía de los abrazos
debilitados por el olvido.

Los viejos discos mueren
en un rincón oscuro.

Sergio Gadea Escudero

La zarza

Zarza. Fotografía de Maribel Ballester

La zarza no conoce su interna geografía,
la trama de caminos, la red engañadora
que se cruza y descruza en turbio laberinto
de hojas y sarmientos.
Desconoce, liviana, su extraña arquitectura,
en la que se aprisiona su flor entre aguijones.
No desea otra regla que el caos que la domina
ni más luz que sus sombras.
La zarza crece y crece y da forma a un encaje
de agreste filigrana, de leñosa belleza
de arterias y de vasos adornados de espinas,
de polvo y telarañas.
Y sonríe a la lluvia, agua definitiva,
y al viento del ocaso que abanica sus nudos,
y al ingenuo jilguero, apresado en sus trampas,
que aletea aturdido.
Y defiende con sorna su perversa inocencia,
y muestra sus mil caras en honda superficie,
y las plumas sin vida del confiado hermano
que creyó en su sonrisa.
La zarza y su inquietante sonrisa de Gioconda;
la zarza,
ese espejo del mundo y de la vida.

Rafaela Lillo

ILUSIONADO

David todavía olisqueaba los efluvios almibarados del pastel de manzana que su madre recién acababa de hornear, cuando un rayo de luna, sólido como un filamento de aluminio, interrumpió su sueño en medio de la noche. De mala gana se despertó, aún con el olor impregnado en la pituitaria. Hacía más de un año que aquella imagen le visitaba puntualmente y David la interpretó como señal inequívoca de que debía recuperar la casa de sus padres.

Se levantó de la cama y fue directo hacia el ventanal cubierto por una persiana veneciana. A través de ella se colaban deshilachados algunos barrotes de luz que iban a incrustarse contra su torso desnudo.

A pocos metros divisó la sombra recortada de la casa de enfrente. Ancló la mirada en el porche. Sabía muy bien que dos sillas de mimbre habían sustituido la hamaca donde él y su amigo Mark solían descansar despanzurrados, los pies de uno en la cara del otro, después de haber pasado las tardes del sábado disparando a latas de pepsi-cola con su escopeta de aire comprimido. Entonces aparecía el rostro reconfortante de su madre luciendo una mirada limpia y sincera capaz de convencer al hombre más desconfiado de la tierra. Les ofrecía un vaso de limonada casera bien cargada, y después se retiraba con un sigilo apenas roto por una ligera cojera que le dejó la polio.

David echó un nuevo vistazo a la antigua propiedad, esta vez más exhaustivo y cuidadoso, tratando de determinar su estado. Los haces de luna, traicioneros, evidenciaban el descuido al que había sido sometida. En veinte años de ausencia, el desdén había hecho mella en las columnas de madera. Ladrillos descascarillados y piedras desencajadas configuraban un panorama desolador. La hiedra fosilizada se había adueñado de sus muros, anidando como vello díscolo. Aquella vista ruinosa fue suficiente para convencerle de que tenía que recobrar la casa de la desidia de aquellos vecinos sádicos y trogloditas. “Mañana mismo me pondré manos a la obra” se dijo.

Un ruido inesperado en el interior de la casa, como si alguien estuviera deslizándose sobre un patinete desengrasado, le obligó a volver la cabeza hacia la cama. Tendida en el lecho descansaba plácidamente su mujer Jenn. La blancura de los haces lunares hundía ociosa sus dedos en la espesura de su pelo gris, descolorido por la sal, el sol y una vejez prematura.

A pesar de que los rayos la trataban con dulzura, su rostro se mostraba severo, semejante al de una madona en su madurez, descontenta con la situación que le ha tocado en suerte cuando le obligan a abandonar su paraíso. En pocos meses, su piel trigueña se volvió transparente, dejando entrever pequeñas venas azuladas que parecían flotar en medio de un arrecife de anémonas.

A ella la conoció en unas vacaciones en Hawai. El aire limpio y brillante de Montana le sofocaba, por eso buscó refugio en las playas húmedas y blandas de la isla, como si necesitara del aire cálido para dar aplomo a su vida. Jenn era instructora de snorkel. A David esta actividad no le entusiasmaba, sabedor de que el agua no era su medio. Pero cuando un atardecer estampado de rojo la vio salir del agua, recubierta hasta los tobillos de algas, pisando levemente la arenilla incendiada mientras escurría el salitre de su pelo, no se lo pensó dos veces y corrió a alistarse con Miss Henson. Se casaron cuando el cursillo daba sus últimos coletazos.

A la semana siguiente, con los regalos de boda aún en su envoltorio, David regresó a su puesto de trabajo como vendedor inmobiliario con la promesa insensata de que Jenn se le uniría una vez terminada la temporada de verano. Pero al poco de instalarse comenzó su deterioro. Su boca se volvió triste y se le tensaron los músculos de la cara, como el arco dispuesto a escupir la flecha.

Al principio David achacó su desgaste físico y moral al cambio en la dieta: le resultaba imposible satisfacer sus gustos alimenticios. No era por falta de ganas, sino porque le era difícil adquirir los productos que ella le reclamaba: "¿Es que no lo entiendes?" Le gritaba al borde de la histeria. "Me repugna la vista de tanta carne sebosa chorreando sangre por todas partes".

Pero el pescado apenas llegaba a Montana y el poco que había estaba desconsoladamente duro. Si acaso de vez en cuando alguna que otra perca que David conseguía a base de ruegos y de latas de cerveza que entregaba al tendero a cambio de que éste le reservara la presa. Con el pez en una cubitera, David se volvía a casa con una cancioncilla entre los dientes. Después, aún con el abrigo y los zapatos puestos, se apresuraba hasta la nevera.

—Te he traído algo que te va a gustar. Mira en el frigorífico, —le anunciaba.

Y Jenn salía de su cuarto sin prisas. Con desgana sacaba el paquete, lo desenvolvía con cuidado de no dañar el papel y ante la mirada desconcertada de David se quedaba con la vista clavada en el pez durante unos minutos. A continuación, lo volvía a enterrar bajo sus pliegues como si tuviera miedo de que en cualquier momento pudiera regresar a la vida.

—¿Es que no te gusta? —Preguntaba frustrado.

"Detesto los peces de río" le respondía y se regresaba a su cuarto con el rostro abotargado por la impotencia.

Un día, derrotada y con los ojos arrasados por las lágrimas, accedió a hincarle el diente a un desorbitado filete de búfalo. Pero por las muecas de su rostro, David entendió que estaba experimentando el mismo placer que un espectador de circo acostado sobre la cama de un fakir. David no pudo evitar que se le pasara por la cabeza la posibilidad de que este comportamiento se debiera a un embarazo. "Si tuviera un hijo le enseñaría a batear", pero pronto su ilusión se vino abajo cuando notó que entre los desperdicios se amontonaban compresas desechadas.

Recordó que Jenn se pasaba las mañanas desterrada en su habitación, ajena al mundo exterior, tejiendo la mayoría de las veces tapices de cáñamo que retrataban tiburones blancos engullendo a surfistas. Por las tardes, iba a la piscina municipal donde estaba empleada como monitora. Sin embargo, esta actividad era un sucedáneo en su vida. Con cada zambullida una nueva desilusión. "En la piscina" le dijo un día llena de rabia, "no voy a encontrar arrecifes de coral; como mucho alguna que otra chancla a la deriva". Aquella confesión disgustó enormemente a David que sólo pretendía su felicidad.

En el silencio de la noche, David suspiró hondo, como si buscara hacer sitio en sus pulmones a su inquietud y al mismo tiempo intentara liberarse de su resentimiento hacia Jenn por su rechazo a las montañas. Asegurándose de que su sueño aún seguía en pie, retornó a la cama.

Cuando despertó eran más de las siete. Detestaba quedarse dormido. Sabía que ahora tendría que abrirse paso entre cientos de conductores que, como él, marchaban abstraídos, pensando en cómo ganarle la partida a la vida. Pero esta vez no le importaba. Cuando se metió en el coche, ya iba ultimando los detalles de su plan. Como de costumbre, llegó a las 7:40 de la mañana para abrir el local. Afortunadamente no esperaba nadie a la puerta, con lo que se puso manos a la obra. Nervioso, se le resbaló la llave, pero con un fuerte manotazo la detuvo a la altura del muslo. Una vez dentro soltó el portafolios rebosante de clientes sobre su escritorio. A

continuación, se sentó en una silla érgica y comenzó a rotarla con medias vueltas ayudándose de los pies.

Después abrió el maletín y sacó un pedazo de papel donde tenía garabateado un número de teléfono y se dispuso a marcarlo. Sonó tres veces. Al cuarto timbre una voz medio adormilada lo descolgó.

—¿Quién es? —preguntó.

David no contestó. La voz se impacientaba.

—¿Quién es? —Volvió a decir.

De nuevo, el vacío más absoluto. Hastiada, la voz preguntó una vez más, tras la cual colgó con un sonoro clic.

David se felicitó. Su hazaña empezaba a dar frutos. Durante dos semanas repitió la misma operación, siempre a la misma hora. Eso sí, incorporó diversas variantes tales como jadeos y palabras obscenas veladas con un pañuelo de tela común para tratar los resfriados. Pero la voz no se achantaba. "Te vas a enterar, cabrón. Voy a llamar a la policía", le espetó. David conocía muy bien la calaña de sus vecinos. Sabía que eran vulgares, como así habían demostrado sus palabras. "Gente como aquella no merecía una casa tan señorial" pensó al colgar.

El temor a ser descubierto le hizo cambiar de táctica. "Primero les rajaría las ruedas de su camioneta y a continuación la embadurnaría con pintadas amenazantes". Sólo había un problema. Cómo burlar la vigilancia del gran pitbull que custodiaba la propiedad. Era cierto que aborrecía al animal porque había adoptado todos los vicios de sus dueños pero ni una sola de sus virtudes, si es que las tenían.

Recordó que un domingo por la tarde, de vuelta de su partido semanal de golf, oyó que el perro lanzaba un eructo descomunal, como si una caldera le estuviera hirviendo

las entrañas. Sin embargo no le deseaba ningún mal a la pobre bestia. Es más, casi se compadecía de su suerte, siempre atado a un collarín de eslabones gordos y picudos, que solía tener ensangrentado a causa de los tirones que daba en sus intentos por liberarse y atacar a algún transeúnte desconfiado.

Esperó a que se hiciera de noche. Se levantó con cuidado de no desvelar el sueño en apariencia tranquilo de Jenn. Se dirigió hacia la sala de juegos. A la tenue luz de la linterna, abrió una vitrina donde descansaban tres rifles de caza. Reparó en las cabezas de venado petrificadas que colgaban de la pared. En la penumbra le pareció

que éstas le clavaban sus ojos vítreos, como si le reprocharan el espanto que estaba a punto de cometer. Dudó por unos momentos, pero finalmente se decidió. Eligió la escopeta del centro. Después, de una bolsa de deportes que guardaba bajo el armario, sacó una caja de cartuchos y se encaminó hacia la ventana. Apuntó al animal que, como si barruntara algún peligro, olisqueaba inquieto la tierra a su alrededor. David vio que la bestia se tambaleaba igual que el toro que acabara de saciar su apetito y necesitara descansar. Después, tuvo una caída suave, lenta, blanda, como si estuviera buscando la sombra. Cuando se cercioró de que el animal no se movía, sacó de la misma bolsa una camiseta, unos pantalones cortos y unas zapatillas de deporte. A trompicones se vistió y se encaminó al garaje. De la caja de herramientas tomó un machete y dos esprays de pintura, uno rojo y otro negro. Al saltar la valla, vio al animal tendido en el suelo y un charco de sangre del que manaba un fuerte olor a hierro. Mareado, volvió la vista. Enfrente, descansaba la furgoneta. Fue a su encuentro, machete y botes en mano.

Ruidos de sirenas mezclados con gritos de amenaza les despertaron.

"Esto ha sido obra de algún desgraciado". "Estoy harto de este maldito pueblo", vociferaba una voz áspera y cuyo propietario no podía adivinarse a menos que uno se asomara a la ventana. "Si le echo mano al que ha hecho esto no lo cuenta".

—¿Qué ha pasado? —Preguntó Jenn, alertada desde la cama.

—Parece que alguien ha matado al perro de los vecinos y les ha destrozado el pick—up.

David se vistió con parsimonia, recreándose en su éxito. Ahora sólo era cuestión de tiempo. Sabía que la paciencia de los vecinos estaba al límite y que muy pronto pondrían la casa en venta. Por eso quería estar preparado.

David dejó que pasaran unos días antes de volver a telefonear. Pero esta vez se dio a conocer. Después de cerciorarse de que hablaba con la mujer le preguntó si estaban interesados en vender la casa. Ésta se sinceró con él. "La verdad, no lo hemos pensado mucho, pero últimamente nos están pasando cosas horribles. ¿Sabe que algún desgraciado nos mató al perro y nos ha destrozado la furgoneta? Lo hablaré con mi marido". David presionó: "Es conveniente tener una respuesta antes de que termine la semana. Ahora es el momento justo para duplicar ganancias", mintió.

Al viernes siguiente David volvió a llamar. "Nos vamos" dijo una voz que se identificó como Ian. "No aguantamos más este pueblo inmundo".

A las 12 de la mañana ya estaba firmado el contrato y en cuestión de horas la casa tenía nuevo propietario.

Exultante y revitalizado, David sólo pensaba en compartir las buenas noticias con su esposa. Pero cuando regresó a casa no se oía un ruido a no ser por el roer juguetón de las ardillas. David subió hasta la sala de costura de Jenn. A contraluz, divisó un lienzo inacabado. Sin embargo, pudo intuir la figura de un animal que descansaba apaciblemente sobre lo que parecía una duna bermeja. El rostro de David se tiñó de blanco que es el color del desamparo.

Ese mismo día puso a la venta las dos casas.

Mercedes Gutiérrez García

Nunca se me dieron bien las matemáticas

Con ojos entornados
y la conciencia abierta,
de vez en cuando,
percibo latitudes
con momentos sombríos,
presagios consumados,
pero latentes aún.

Para liberar el dolor
e imaginarlos más cálidos,
intento emblanquecerlos
y algunos
afloran deslucidos;
son... los que más dolieron,
los que marcaron
a través de las láminas del tiempo.

Cual si fuera dinero de blanqueo,
hago cálculos, y me aturdo
sumando egoísmo,
multiplicando
rencor, hostilidad,
restando comprensión
en presencia de seres divididos.

Los números
no se ajustan en mi intento de mediar;
multiplico y divido, sumo y resto,
y el resultado nunca lo sabré.

Pensar y detener el pensamiento suman dos,
más tres de ingratitud son cinco,
intento
aplicar la ciencia como Arquímedes decía,
pero me pesa más lo negativo;
un cero gigantesco
en su oquedad me enreda.

Entonces,
¡qué más da calcular!
está visto que nunca
se me dieron bien las matemáticas.

Mª Amparo Benito Díez

TRAS LOS PASOS DE PLATERO

La viajera decide, por esta vez, viajar por las rutas de su pensamiento. Le apetece pasear por las páginas de un libro, no cualquier libro, por uno hermoso y poético. Y con la mochila llena de ideas se pone a recorrer los caminos soñados en compañía de Platero y el poeta.

Juan Ramón Jiménez trata a Platero con mimo y piensa en él como en un amigo haciéndole partícipe de sus reflexiones en las que el burrito interviene con su conocimiento asnino. El amor y la compenetración de los dos trascienden al misticismo del paisaje y a sus gentes. En el prólogo el poeta nos deja claro que este libro no se escribió para niños. Cuando se lo pidieron para publicar en *La Biblioteca de Juventud*, ya estaba escrito. Comenta el poeta: *¿para quién?...¡Qué sé yo para quién...! Para quien escribimos los poetas líricos.*

Nos pone sobre aviso la dedicatoria: *A la memoria de Aguedilla, la pobre loca de la Calle del Sol, que me mandaba moras y claveles.* No van a transitar por estas rutas sólo atardeceres, otoños o primaveras, será un recorrido por Moguer, con sus gentes, sus paisajes, su flora y su fauna, visto a través de unos ojos líricos y por unos sentimientos a flor de piel. El hombre que escribe ya no es joven, ha visto mucho mundo y sabe de los hombres y de su falsedad. Y la mujer que busca en su pensamiento los itinerarios de los protagonistas también ha dejado su ilusión aparcada en el tiempo.

Como no podía ser menos, el primer capítulo trata de una presentación: la de Platero. Recordaba, cita de memoria, los principales rasgos de Platero...se diría todo de algodón...sólo el azabache duro de sus ojos...acaricia apenas rozándolas las florecillas rosas, celestes y gualdas...tiene alegría en su trote cuando lo llaman...le gustan las naranjas mandarinas, las uvas moscateles, todas de ámbar, los higos morados, con su cristalina gotita de miel...es tierno y mimoso igual que un niño, pero fuerte y seco...los hombres del campo se quedan mirándolo y dicen: *Tiene acero.* Aquí empieza la dicotomía. Acero y plata de luna. Y así transcurrirá el viaje entre contemplaciones líricas y sucesos amargos que componen la vida de Platero.

Desde la cumbre el paisaje grana que se hace sangre con sus propios cristales. El pinar y las hierbecillas se encienden igual que los ojos negros de Platero. El poeta se queda extasiado ante el crepúsculo y Platero bebe en los espejos que se hacen líquidos al tocarlos él. Es un momento de eternidad donde la tarde se prolonga más allá de si misma y la hora es infinita.

Son muchos los amigos de Platero, la perra Diana, la cabra, que le roba clavellinas, o margaritas de su carga del campo sobre sus arreos, los niños que juegan con él en los atardeceres de octubre en que sube del valle el alborozo de las gentes y los animales.

Cuando cae la noche brumosa y morada, el camino sube lleno de sombras entre la fragancia de la hierba, de las canciones y de los anhelos, pero hay una amenaza que amedrenta a Platero: el árbitro de consumos. Antes que con un pincho de hierro

taladre la alforja el poeta la abre y le enseña la carga, que el hombre rudo manda pasar porque no ve las mariposas blancas que llenan los serones.

Una mañana se despierta el poeta con estruendo de chillidos propios de la chiquillería, cuando acude a la ventana para poner orden, lo que ve y oye son los pájaros y los insectos y las flores y la brisa; es tal el hervidero de sensaciones que parece que estuviese en el interior de una inmensa y cálida rosa encendida, había llegado la primavera. Llama a Platero para enseñarle las rosas que caen sobre el jardín y le pregunta de dónde vienen tantas. Reflexiona en esa fuerza que viene de dentro, la que convierte las rosas en pétalos de luz que cubren la tierra de esperanza.

—*El loco, el loco* —gritan los chiquillos gitanos, aceitosos y peludos. El poeta se describe a si mismo vestido de luto, con barba nazarena, sombrero negro, cabalgando sobre un pequeño animal, de blandura de algodón y de color de nube, y las voces se pierden en la armoniosa serenidad que vive en el sinfín del horizonte. —*El loco, el locoooo...*

Una flor solitaria del camino enternece al poeta. Pasan los animales y las gentes a su lado ignorándola, y ella, malva y fina en su vallado triste, no se contamina: Ves Platero —le habla el poeta a su amigo, tú la has visto en su puesto, un pajarillo la acompaña, su copa está llena del agua clara de una nube de verano, una abeja le roba su néctar y una mariposa es voluble adorno. Esta flor, Platero, vivirá pocos días y será como una primavera en mi vida. ¡Qué le diera yo para que fuese para siempre el ejemplo sencillo de mi existencia!

El poeta descansa bajo un pino con un libro de Pierre Ronsard y lee embebido. Curioso, Platero asoma por detrás de su hombro y se interesa en lo que hace el poeta tan quieto y tan entretenido, permanecen así un rato, hasta que la nota discordante de un ave rompe el silencio y hace reír a carcajadas al poeta y rebuznar al burro. Ronsard también hubiese celebrado la ocurrencia.

Cuando la luna está en lo alto, esplendorosa y fuerte, Platero bebe dos cubos de agua llenos de estrellas en el pozo del corral y se va a la cuadra entre girasoles, y el poeta recita versos de Leopardi sobre la luna, y Platero escucha a su amigo, y mueve una oreja y luego la otra y se queda absorto.

El día que se escapó el canario, Platero holgaba entre los rosales jugando con una mariposa. El canario ante el asombro de los de la casa regresó a su jaula y Platero se unió al jolgorio general haciendo corvetas, y poniéndose de manos da coces al aire. Sabe participar de la alegría de sus amigos tanto cuanto es miedoso con los desconocidos.

Una noche de fiesta en la casa, asoma su cabezota por el cristal asustando a los niños que huyen aterrados, el poeta le recrimina, y triste sacude su cabeza desilusionado, e iluminado por las luces del salón, regresa a la cuadra cabizbajo.

Como se recorrían todos los alrededores, un día atravesando la dehesa empezó a cojear, su amigo se bajó, se echó en el ardiente suelo para examinarlo: un puñal redondo de esmeralda, una espina de naranjo había traspasado la ranilla. Se la extrajo y caminaron hasta el arroyo de los lirios amarillos para que el agua le lamiese con su larga lengua la herida, más tarde siguieron hacia el mar. El mar llevó con su rumor el dolor a otros lares y los dos amigos, en la orilla blanca, acarician las olas, y la herida se diluye en el azul.

Los niños pobres cantan y juegan alegremente, el poeta reflexiona y le dice a Platero que aprovechen para soñar, pronto la verdad de la vida les robará la alegría y les enseñará el hambre.

Sabe Platero los rincones que le gustan al poeta y a ellos lo lleva sin que lo dirijan.

La viajera sueña con acompañarlos por las rutas de los caminos y los arroyos de lirios amarillos que discurren por entre el césped. Parece que Platero al igual que ella tiene sus propios sueños.

Algo en lo alto de la colina intranquiliza a Platero, la brisa trae estremecimientos primaverales, dilata las narices y lanza al viento un amargo quejido, la bella novia de Platero pace en el prado y un halo misterioso va hacia su amor en el reflejo de sus ojos de azabache. El inútil pregón rueda brutalmente entre las margaritas y el poeta lo obliga a seguir el camino que recorre con desgana.

Los sorprende la noche en el campo. Una luna grande y redonda preside el cielo y se refleja impúdica en el arroyo. El olor a naranjos y almendros es intenso y la brisa que procede del mar pone escalofríos en sus espaldas. Platero entra en el arroyo asustado y tembloroso y pisa la luna que se hace pedazos y le rodean en forma de ondas movientes que quieren atrapar sus patas entre rosas de cristal. Apresura su trotecillo hacia el pueblo cercano.

Otro día es el tren que pasa lejano y se lleva a la mujer rubia. Es el abandono. Platero y el poeta la ven alejarse sobre las ondas del trigal amarillo, goteado de sangre de amapolas y piensan: cómo se van las ilusiones tomando rumbos desconocidos.

Camino de una romería Platero es coceado por un arrogante potro tordo. "Ves Platero tú no puedes ir a ninguna parte con los hombres. Tu sitio está en las veredas del campo y en la contemplación."

Hasta ahora la viajera transitó por lo lírico, lo amable, por los momentos de luz y ahora nos va a mostrar las amarguras.

Darbón es el médico de Platero, grande y rojo. Su boca desdentada se estremece en una sonrisa que se prolonga en llanto. Mira hacia el cementerio y sorbiendo los mocos en grandes gorgoteos murmura: —Mi niña, mi niña— y acaricia a Platero con la ternura de una madre y Platero refugia su cabeza en el pecho del hombre. Cuando un guarda mata al perro sarnoso que persigue a Diana, Platero lo contempla inmóvil y perplejo. Un velo parecía enlutecer el sol.

La tísica, de voz pueril, delgada y rota se caía en la brisa del estío. El poeta le ofrece a Platero que la pasee, y aparece en su rostro una risa, una risa en su cara de muerta. El burro camina despacio como temiendo que su fragilidad de lirio de cristal se rompa, y las mujeres se asoman para verlos pasar.

El niño tonto privado de gracias, sólo alegre para su madre, cuando por la calle blanca pasó aquel mal viento negro, ya no estaba en su puerta, el umbral permanecía solitario. El poeta se preguntaba, como Curros Enríquez, cuando perdió a su hijo, por él a la mariposa gallega: *Volvoreta de aliñas douradas*.

La niña chica era muy amiga de Platero. Se puso mala y mientras navegaba río abajo hacia la muerte sólo llamaba a Platero. Platero cada vez que pasaban por su casa se detenía esperándola sin comprender.

El poeta encontró un día a Platero echado en su cama de paja. Desmadejado y flácido yacía sin poderse levantar. Acudió el viejo Darbón y al verlo tomó la cabeza de Platero entre sus brazos y la meció desolado sobre su pecho. Una hierba era la causante. Su blandura de algodón quedó ajada por la muerte, hinchado como un mundo, sus patas rígidas y descoloridas se elevaban al cielo. Por la cuadra en silencio, revoloteaba una mariposa de tres colores. La tumba de Platero está en el huerto de la Piña, al pie del pino paternal, la primavera había adornado la tierra húmeda de grandes lirios amarillos.

Mucho queda por decir y paisajes que recorrer, la viajera recuerda su congoja cuando aquel animal idílico desapareció y el poeta queda solo con el alma herida de amor y de nostalgia.

Airam Lebasi

Letras negras

Embarcadas de negro y palpitantes,
en este cuadrilongo y blanco pliego,
navegan bien dispuestas con sosiego
cuantas letras aquí son relevantes.

Unidas a vocales, consonantes
se resuelven en versos sin trasiego,
y se abren a un soneto veraniego
que brota con sus rimas dominantes.

Y colmado de letras, va el soneto,
como el título expresa y encabeza
en este contenido tan escueto.

Tan sólo una palabra lo ennegrece,
y cada letra negra, como un reto,
a la vista respira y se enaltece.

Lucía Espín

UN SONETO SIN AUTOR

Hay un soneto que se ha impreso innumerables veces en diversas antologías, y que se ha comentado y estudiado, sobre todo intentando poner en claro y desvelar quién fue su autor o autora.

Aunque a lo largo de cuatro siglos se le ha atribuido a diferentes poetas, casi todos de vocación religiosa, como de autor desconocido lo incluye Luis Rosales en una antología[1]. Lo vamos a transcribir, ya que es una preciosa muestra de poesía barroca, no en su modalidad culterana, sino en la conceptista, clara y diáfana. Expresa este soneto, con sus catorce endecasílabos, una espiritualidad de carácter erasmista, de cristianismo abierto y generoso, despojado de interés o mira personal, basado únicamente en el amor a Dios clavado en la Cruz.

No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido,
muéveme el ver tu cuerpo tan herido,
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera
que aunque no hubiera cielo yo te amara,
y aunque no hubiera infierno te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.

Marcelino Menéndez y Pelayo lo incluye en su antología "Cien mejores poesías de la lengua castellana". Al ingresar en la Real Academia en 1881 pronuncia un discurso en el que rechaza a Santa Teresa de Jesús como autora, pero incluye también en su negación de autoría a Fray Pedro de los Reyes y a San Francisco Javier. Pronuncia entonces Menéndez y Pelayo una frase:

Sabido es que no hay el más leve fundamento para atribuirle a tan alto origen. Y concluye: *Hemos de resignarnos a tenerlo por obra de algún fraile oscuro, cuyo nombre quizá nos revelen futuras investigaciones*.

Parece ser que el soneto llegó a Italia y que en Italia se hicieron diversas traducciones, (también fue traducido al portugués y al latín) de forma que en determinado momento llega a considerarse en castellano como una versión del italiano.

La Compañía de Jesús lo adopta como parte de su acervo espiritual, y lo imprime como obra de San Francisco Javier o de San Ignacio de Loyola.

[1] Luis Rosales. *Poesía española del Siglo de Oro*. Libro RTV Bca. Básica Salvat, 1970.

Entre los poetas a los que se atribuye, está (ya hemos señalado que no lo es según Menéndez y Pelayo) Teresa de Cepeda y Ahumada, monja carmelita nacida en Ávila, mujer andariega, fundadora de conventos, reformadora de la vida religiosa, y autora de varios tratados ascéticos o místicos y de algunas poesías. El estilo de Teresa de Jesús es directo, popular, poco elaborado y sin adornos, también sin el rigor estrófico que tiene el soneto.

San Juan de la Cruz, compañero de Teresa en su labor de reforma de la orden carmelita de frailes descalzos, tampoco puede ser su autor. La poesía de San Juan de la Cruz tiene una enorme riqueza expresiva, influida por una corriente árabe denominada Sufí, que se caracteriza por el simbolismo de las imágenes eróticas que utiliza. Tampoco Quevedo ni Lope ni Cervantes se estima que fueran autores del poema.

En el caso de Francisco de Quevedo existe un manuscrito con el nombre de Francisco de Quelela. Nadie sabe quién es Francisco de Quelela. ¿Sería una mala traducción del apellido de nuestro gran poeta? Pero el estilo de Quevedo es más descarnado, más rebuscado, muy distinto a la concisión del soneto que nos ocupa. Soneto de sorprendente modernidad, que se suele publicar con el titulo de *"A Cristo en la cruz"*.Yo lo he encontrado incluido en una selección de cuatro sonetos como el primero de dicha serie, aunque no sé si dicha ordenación fue hecha por su autor o por el antólogo, que lo atribuye a Miguel de Guevara[2].

Miguel de Guevara nació en 1585 (aunque hay dudas sobre esta fecha) y falleció en 1646. Su nacimiento fue en España. Ingresó en la Orden de San Agustín y viajó a México como predicador de los indios. Su único libro fue escrito en 1638 y lleva por titulo *"Arte doctrinal y métodos que permiten aprender la lengua matlazinga para poder administrar los sacramentos"*. En ese libro está este soneto del que venimos hablando.

Así pues, según el catedrático D. Agustín del Saz, el autor de este soneto clásico es mexicano. Atribuir el soneto a Miguel de Guevara es un rasgo común a todos los estudiosos mexicanos, una postura de orgullo nacional. Pero en el libro de Miguel de Guevara el soneto aparece con errores de seseo y ortografía, que no existen en los otros poemas que se incluyen, lo que demuestra que el soneto fue recogido por él pero no es suyo.

El debate y discusión sobre este magnífico soneto viene prolongándose años y años, sobre todo durante el siglo XIX, con la participación en la polémica de Cayetano Alberto de la Barrera, de Gil y Zárate, o de José María Sbarbi, ilustres cabezas que se enzarzaron en el asunto con entusiasmo.

Yo creo que lo importante no es quién escribió el soneto, sino la belleza, perfección y vigor que nos transmite. Sintetiza una tradición mística que viene de las épocas más antiguas de la Historia: está en Platón, en Filón de Alejandría, en Plotino, en los gnósticos, en San Francisco de Asís, o en el andaluz Ibn Masarria. Los verdaderos místicos han deseado que no existiera ni premio ni castigo después de la muerte (ni cielo ni infierno) para quedarse en el amor a los hombres y en el amor a Dios.

El poeta persa Omar Kheyyam ya lo dijo en una de las cuartetas de su libro *"Rubaiyat"*:

Descubrir quise en vano el Cielo y el Infierno
más allá de la Tierra y aún del Infinito.
Pero una voz me dijo: "¡Necio! ¡Cielo e Infierno
hasta el fin de los siglos viven sólo en ti mismo!"

Francisco Alonso Ruiz

[2] Agustín del Saz. *Antología general de la poesía mexicana (Siglos XVI-XX)* Ed. Bruguera, 1972.

Ecología

Llegará un día triste no lejano,
oscurecido el sol y negro el cielo,
en que mueran las rosas para siempre
en sus pétalos secos…

Llegará una estación en que los árboles
no serán los vigías del sendero.
Todos los caminos transitados
serán caminos muertos…

Llegará un duro clima en que los bosques
mostrarán en su ausencia troncos yertos
callando para siempre su alegría
los pájaros sin vuelo…

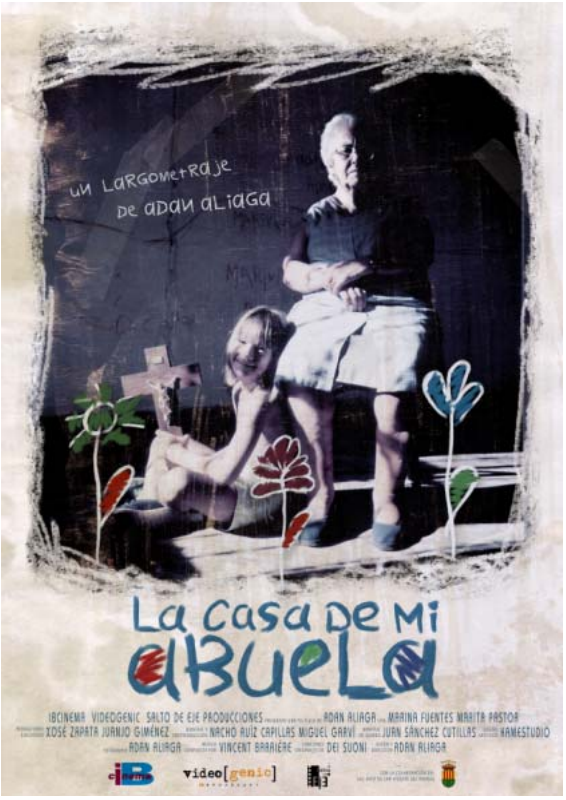
Llegará un triste tiempo en que los ríos
serán sólo aguas turbias, cauces secos,
y las verdes campiñas florecidas
letales vertederos…

Un día llegará de inmensa angustia
ya sin la primavera y sin el sueño.
Los valles y las plantas y las aves,
serán sólo un recuerdo…

Entonces la memoria de los hombres
yacerá para siempre en su esqueleto.
¡Sólo se escucharán las olas lúgubres,
la soledad, el viento…!

José Antonio Suárez

LA ABUELA DE ADÁN ALIAGA



En el número 11 de la calle Jacinto Benavente del municipio alicantino de San Vicente del Raspeig, una anciana (Marita Fuentes) debe desalojar por orden judicial la casa donde ha vivido durante sus últimos cincuenta años, ya que el ayuntamiento tiene previsto derruirla e instalar a sus inquilinos en uno de los nuevos pisos que se van a construir. Marita poco a poco comienza a desalojar de la vivienda sus enseres, abandonando en ella, con pesadumbre, los recuerdos de toda una vida.

Este es el hilo argumental que en un principio el director de cine alicantino Adán Aliaga no tenía previsto desarrollar y que sólo a partir de un largo proceso de grabación y maduración de la idea logró llevar a cabo. El resultado es *La casa de mi abuela*, la película alicantina actual con más proyección internacional en la meca del cine, avalada ya por un importante bagaje de reconocimientos públicos en forma de premios.

Nos acercamos a los estudios que *Videogenic* tiene en la calle Maestro Marques, en Alicante, para conversar con Adán y preguntarle algunas de las cuestiones que la revista quería plantearle. Nos recibe su Director, Miguel Garví, que previamente nos enseña las instalaciones y nos explica en qué consiste su trabajo y el de sus compañeros.

Videogenic es una productora donde trabajan desde hace quince años siete personas, en un local que dispone de una serie de equipamiento técnico de última generación. El estudio tiene una zona de filmación y otra de montaje, además de un departamento administrativo. Básicamente realizan proyectos de video para empresas a nivel publicitario y también para distintas instituciones Locales y Provinciales (Ayuntamiento, Diputación, Universidad…)

Nos comenta Miguel que Adán se encuentra en estos momentos en Chicago, promocionando la película de cara a la posible preselección de la misma en los premios "Oscar" de la próxima edición. Decidimos entonces enviarle un cuestionario vía e-mail en el que le planteamos algunas preguntas relacionadas con la forma en que diseñó, rodó y montó la película, además de alguna otra cuestión que tuviera que ver con su labor de cineasta en particular y con otros aspectos de su vida en general. Para ello Miguel se pone en contacto con él y le remite por correo dicho cuestionario. En breves minutos recibimos su contestación.

—Adán, ¿cómo se gesta la idea a la hora de plantearse la realización de la película?

—Pues...estaba tomando notas con mi cámara, es decir rodando algunas imágenes que me gustaban o que me sugerían alguna cosa. Grababa situaciones cotidianas del pueblo de San Vicente, el cementerio, las chimeneas de la fábrica, el tren pasar, la gente caminando por sus calles...etc, pero evidentemente con eso no podía hacer una película. Quería hacer una película yo sólo con mi cámara pero no sabía cuál era la historia exactamente que quería contar, hasta que casualmente grabe a mi abuela en sus labores domesticas: cocinar, lavar, limpiar o comprar. Al vivir con ella tengo la posibilidad de filmar cualquier situación y en cualquier momento, así puedo grabar por ejemplo la secuencia en la que ella va cogiendo poco a poco el sueño acurrucada en el sofá del salón mientras mira la televisión, o filmarla recién levantada o en el baño, y me di cuenta de que allí había una historia, un personaje lo suficientemente interesante para soportar el peso de una historia de 90 minutos.

—Cuéntanos las dificultades más importantes a la hora de sacar adelante la película.

—Como siempre la financiación, aunque yo pude asumir el bajo coste de rodaje, hacía falta financiar toda la parte de postproducción de la película para darle un acabado profesional y tener la posibilidad de estrenarla en salas comerciales, aunque eso todavía estaba muy lejos. Pedí ayuda a mucha gente pero nadie creía que la historia de "La abuela" fuera interesante.

Vidogenic fue la primera empresa que se involucró en el proyecto cuando todavía estaba terminando de rodar. Ellos asumieron todos los gastos de la primera fase de montaje, así como el equipo del Ayuntamiento de San Vicente del Raspeig, quien también nos apoyo desde el principio, y eso tiene mucho mérito.

El primer montaje de la película se hace en los estudios que la productora *Videogenic* tiene en Alicante y finaliza con dos horas y media de película. A continuación nos trasladamos a Madrid, al estudio del más prestigioso montador de películas en España: Nacho Ruiz Capillas que definitivamente la deja en unos 85 minutos.

Es una película de bajo presupuesto. Hay que tener en cuenta que no se filma en exteriores sofisticados ni existe un elenco de actores profesionales y sobre todo, yo mismo controlo y realizo, con la ayuda de mi equipo, todos los procesos del rodaje, desde la confección del guión hasta la filmación de la película, además de rodar la fotografía y supervisar el sonido y la iluminación.

Es en la post-producción de la película cuando entra en escena la productora que va a montar las escenas, mezclar el sonido, añadir la banda sonora, realizar e incluir los créditos y por supuesto promocionar la película.

—¿Cómo has podido hacer y controlar todas las tareas al mismo tiempo durante el rodaje? (dirección, fotografía, sonido, puesta en escena, etc.)

—Es una historia muy sencilla, contada con unos recursos narrativos y un lenguaje cinematográfico que está a medio camino entre el documental y la ficción, quiero decir con esto que afrontaba la puesta en escena de una forma muy humilde, y la revolución del cine digital permite que hoy en día un director pueda rodar una *peli* y montarla en el ordenador de su casa, ya no hay excusas como que el cine es muy caro. Hoy en día puedes hacer una película con muy pocos medios, aunque con esto no quiero engañar a nadie, yo he invertido cuatro años en el rodaje y un año en el montaje y la posproducción, hasta que no aparecen los recursos económicos para continuar el proyecto no te puedes relajar. A nosotros el dinero nos empezó a llegar tras el viaje que realizamos al festival de Berlín, allí se exhibió un escueto trailer de unos dos minutos de duración sobre la película y un productor gallego mostró un inusitado interés en ella. A continuación es una productora catalana la que se añade al proyecto, de esa manera la parte económica se afianza definitivamente.

—¿Cuáles han sido tus referentes cinematográficos?

—No te lo sabría decir, hay tanta influencia audiovisual en nosotros que no sé... supongo que me dejo influenciar por cineastas que me gustan en los momentos en los que estoy rodando. Por decir algunos nombres, Harmony Korine, los hermanos Dardenne, Buñuel, Lynch.... pero hay tantos, quizás para ser justos tendría que dar una lista muy larga pero no quiero aburrir demasiado.

—Cuéntanos brevemente tu trayectoria anterior.

—Me fui a estudiar cine a Barcelona, allí rodé mi primer corto en 35 mm titulado: *"No me jodas que tu no la haces"*. Trabajando en diferentes producciones cinematográficas como meritorio y auxiliar, con directores como Ventura Pons, Luis Aller, J.Luis Iborra, etc..., posteriormente rodé varios cortometrajes, más como búsqueda de un estilo y sobre todo como experimentación. Volví a Alicante y rodé una película de corta duración titulada *"Jaibo"*. Eso sería en el 1999 aproximadamente, y posteriormente ya comencé a rodar *"La casa de mi abuela"*, y entre tanto, he hecho junto a *Videogenic* varios trabajos de publicidad, videos corporativos, etc...

—¿Cómo nace tu vocación cinematográfica?

—No tengo ni idea, supongo que como cualquier otra vocación, lo pruebas, te gusta y continuas en ello, decides que esto es lo que estabas buscando y decides hacerlo tu profesión.

—Adán, nos gustaría proponerte una tanda de preguntas-respuestas cortas:

—¿Una película excepcional?
—*El hombre elefante*.
—¿Una ciudad cinematográfica?
—Chicago.
—¿Un director al que admiras?
—Jean-Claude Lauzon.
—¿Un *hobby*?
—La parapsicología.

—¿Una fobia?
—El vértigo.
—¿Un sueño?
—Ganar la "Palma de Oro".

—Actualmente estás en Chicago promocionando la película de cara a la posible preselección, en los *Oscar*, ¿qué tal la experiencia americana?

—Llegué a finales de julio, sólo llevo diez días aquí y todavía es muy pronto para valorar cómo está funcionando nuestra mini-campaña promocional de *La casa de mi abuela*. Aquí la gente es muy amable y nos están apoyando mucho. En octubre sabremos si nuestros esfuerzos han tenido recompensa, auque lo que sí que puedo hacer es una valoración general: Para mí es ya un éxito rotundo todo lo que nos está sucediendo con la "Abuela". Cuando empecé hace ya cinco años con esta aventura, ni el más optimista pensaba que nuestra película, rodada en San Vicente, por un Director de San Vicente, estuviera hoy en USA promocionando la película para optar a una preselección de los *Oscar*, hace unos años hubiera sonado a chiste pero ahora es una realidad, y todos los que han participado directamente o indirectamente en la película, y ha sido muchísima gente, tienen que estar muy contentos de lo que se ha conseguido hasta ahora. Tras la apuesta por los *Oscar*, e independientemente de cómo transcurra todo, el siguiente paso consistirá en intentar acceder a los Premios Goya.

—Para finalizar, nos gustaría que nos comentases brevemente los proyectos cinematográficos que tienes en mente.

—Siempre hay ideas que rondan en la mente, estamos preparando una nueva película, pero todavía es un proyecto y es muy prematuro hablar de algo que no existe todavía.

Abandonamos los estudios *Videogenic* con la sensación de haber tratado en la distancia con un joven alicantino que sin duda, dará mucho que hablar, él y su emotiva película, que, sin dejar de ser una ficción, posee una serie de connotaciones evidentes de documental y quizá sea ahí donde radique la originalidad de este director siempre en continua búsqueda de lo nuevo, de lo sorprendente, proponiéndose continuamente arriesgados retos cinematográficos. Sin bajar la guardia y como diría el poeta León Felipe: *un sueño a conseguir, sin lazos, sin espejos, sin anillos, sin redes, sin trampas y sin miedos*. Gracias Adán.

Mati Bautista

MINICINES ASTORIA (26 de mayo de 1979-16 de julio de 2006): DE "*ESTADO DE SITIO*" A "*LA BICICLETA*".

El pasado 16 de julio los minicines Astoria cerraron sus puertas. Tan triste y desoladora noticia puede que haya pillado por sorpresa a alguno. Pero recordemos que han estado muchos años en la cuerda floja. En numerosas ocasiones habíamos oído rumores acerca de su mal estado de salud empresarial. Rumores que, afortunadamente, no se habían convertido en hechos consumados. Ya durante el mandato de Paco Huesca, primero propietario y, después, gerente de las salas, estuvieron a punto de cesar en sus proyecciones. Pero una venta a la empresa benidormí de Isidoro Martínez Ferry, que se subrogó en el espíritu fundacional de los cines, demoró unos años el luctuoso desenlace. Sin embargo, esta vez ha sido definitivo. Los aproximadamente doscientos cinéfilos que acudíamos semana tras semana a visionar todas y cada una de las películas que se exhibían no hemos sido suficientes para asegurar su rentabilidad. Resultaría prolijo y controvertido analizar las razones del óbito. Pero a nadie se le escapa que la crisis de las salas cinematográficas radicadas en el centro de la ciudad, (debido a la diáspora de los espectadores más jóvenes, y los no tan jóvenes, a las de los centros comerciales), el insuficiente tejido cinéfilo de Alicante, un entorno degradado (el Barrio antiguo en el que se ubican), unas deficientes condiciones técnicas de proyección y la imperfecta programación (supresión de las versiones originales, ausencia de contratación con importantes distribuidoras, películas propias de estas salas que se proyectaban en otros cines) han dado lugar al fatal suceso. O, parafraseando el título de una famosa canción: el DVD y las multisalas en centros comerciales han matado a la estrella de los cines. Y quizá los buenos aficionados al cine de calidad en Alicante podríamos haber hecho algo más por evitarlo.

Pero lo que pretendo realmente con este artículo es realizar un sucinto viaje, histórico-cinematográfico, de expreso y consciente calado emocional, por las casi tres décadas en las que los Astoria han estado programando el mejor cine que se ha podido ver en nuestra ciudad.

Todo empezó el 26 de mayo de 1979. Los Astoria se inauguraban con *Estado de sitio*, de Constantin Costa–Gavras y *Mujer entre perro y lobo* de André Delvaux. Ese día fue el primero de una trayectoria que ha posibilitado a muchos alicantinos disfrutar con el séptimo arte. Ese día comenzó la semanal peregrinación al santuario del arte cinematográfico de nuestra ciudad. A partir de ahí, decenas de obras prohibidas por la censura franquista como *La sal de la tierra*, de Herbert Biberman o *La batalla de Chile*, de Patricio Guzmán y otras tantas obras maestras de autores como Alain Resnais, Luchino Visconti o Federico Fellini ocuparon sus pantallas. Además, se pudo descubrir a cineastas tan peculiares como Fassbinder, Zulawski, Rohmer o Herzog.

Yo empecé a acudir en 1983. La primera película que visioné fue *Ladies & Gentlemen: The Rolling Stones*, de Hal Ashby, documental sobre la gira "Still life" que el mítico grupo de rock realizó en el 82. De inmediato me di cuenta que no eran unas salas ordinarias: la versión original, las paredes empapeladas con affiches, el silencio sepulcral en las proyecciones, el bar con café, las guías que comentaban los films…, elementos que otorgaban una especial idiosincrasia a esos novedosos minicines. Para ser sincero, yo tenía ciertos prejuicios sobre su ubicación en el casco antiguo. Por entonces se comentaba que era un lugar inseguro. Pero inmediatamente descubrí que era del todo incierto. Me convertí en un asiduo. Visioné películas que me cautivaron,

me conmovieron. Por ejemplo *La balada de Narayama* de Shoei Imamura, *Lo importante es amar*, de Andrzej Zulawski o *Las noches de la luna llena*, de Eric Rohmer.
Descubrí que existía otro tipo de cine, realizado pensando no sólo en la taquilla sino en las convulsiones humanas, un cine sincero, de autor, de especial sensibilidad y no de consumo rápido.

Pero el acontecimiento que me convirtió en un auténtico cinéfilo fue el desembarco que la Filmoteca Valenciana efectuó en los Astoria allá por el 85. Decenas de clásicos invadieron sus salas: Chaplin, Truffaut, Elia Kazan, Billy Wilder, Lubitsch, Hitchcock, etc. Sus pantallas propusieron un curso de Historia del Cine a todos los espectadores. En esos días irrepetibles admiré la que, a mi juicio, es la mejor película de la Historia: *Luces de la ciudad*, de Charles Chaplin. Recuerdo perfectamente cómo el film era acompañado de aplausos y despedido con una gran ovación. No sé cuántos abonos adquirí. No sabía cómo arreglármelas para no perderme ninguna obra. Descubrí por primera vez lo que Paco Huesca llamaba "butaca de moqueta": se agotaban las localidades y la gente se acomodaba en el suelo para ver el film. Ni una sola queja. Respeto absoluto en la proyección. Me acuerdo especialmente de una sesión de *El imperio de los sentidos*, de Nagisa Oshima en la que la cola llegaba a la plaza de San Cristóbal: butaca de moqueta a discreción. Cuando ese verano acabó, ya tenía el veneno del cine inoculado en mi mente.

Posteriormente, cuando acudir a los Astoria se había convertido en una liturgia, en un acto tan cotidiano como emocionante, asistí a eventos que permanecen indelebles en mi memoria: Lleno total para ver *Sacrificio* de Tarkovski (probablemente, el cineasta más difícil y hermético de la Historia del Cine), hasta las 2 de la madrugada viendo *Napoleón* de Abel Gance en la II Semana de Cine de Alicante, sesiones golfas musicales: *Bring on the night*, con Sting, *Stop making sense* con The Talking Heads (y la gente cantando el estribillo de "Psycho killer"), "Sign of the times", con Prince, la sesión interactiva de *The Rocky Horror Picture Show*, estrenos de cortometrajes de autores alicantinos, saraos, encuentros, ciclos, jornadas, coloquios. En fin, el cine elevado a su máxima expresión, no sólo como medio para ocupar dos horas de nuestro tiempo de ocio.

Durante todos esos años, cuando hacía balance de las diez mejores películas estrenadas en nuestra ciudad durante el año, seis o siete las había visionado en los Astoria. Por ejemplo, *Hoy empieza todo* de Bertrand Tavernier o *La eternidad y un día* de Theo Angelopoulos. Y, además, descubrimos pequeñas joyas de autores desconocidos o de cine independiente que no se hubieran estrenado en otras salas de Alicante.

Paco Huesca se despidió en 2000. *El verano de Kikujiro*, de Takeshi Kitano fue la última película que programó. Como dije anteriormente, unos años antes tuvo que vender los cines, permaneciendo de gerente. La empresa adquiriente los gestionó de otra forma, de manera menos apasionada, pero conservando su distinción, su característico espíritu ilustrado.

Pero lo más importante es que Paco Huesca y los Astoria han creado una generación de cinéfilos, compuesta por los que nos acercamos a esas salas con 17 o 18 años, nos enganchamos y descubrimos el séptimo arte en ellas.

Han sido mi segunda residencia. Yo siempre iba, al menos, media hora antes de cada sesión. Tomaba café en el bar de Santiago, hablaba con Paco, con correligionarios, me poseía del espíritu de los cines. Soy, sin duda, crítico de cine gracias a los Astoria. En definitiva, estos entrañables minicines han posibilitado que el ocio de algunos haya tenido una especial impronta, han convertido numerosos espectadores de cine en cinéfilos, nos han colocado ante un inmenso muestrario de emociones y sensaciones. Taxativamente, ha mejorado nuestras vidas.

La bicicleta fue la última película que estrenaron. El miércoles 12 de julio hubo una concentración cinéfila frente a sus puertas a modo de sepelio. No acudí. Yo preferí despedirme de ellos en privado, junto a mi esposa, unos días antes. También me despedí de sus empleados. De Rafael, de Emilio, de Conchi. Con un nudo en la garganta, me hice fotos por todos sus rincones. Tenía esa sensación tan inefable y tan difícil de asumir: que ya no volvería a pisar esas salas. Como cuando fallece un familiar. Veintitrés años de visitas semanales tocaban a su fin. Desde luego, la vida sigue. Pero con un pedazo menos de gozo.

Gonzalo Eulogio

Declaración

Me despierto poseído por los fantasmas,
que vienen con la simulación de los mortales,
a oscurecer los pasos del forastero,
el peregrino sabe del peligro
de estar fuera del círculo escribiendo consignas.
No hay jugada perfecta,
todo tiene una sombra,
un antifaz donde esconderse para sobrevivir a la cacería.
La serpiente duerme en la hierba,
después de comerse al orador y su discurso.
Nadie profana la velocidad del camello,
que forma de su cuerpo,
que sube hasta los astros y consume la distancia.
La mano se cansa de escribir,
de buscar solución a la página trunca.
Me declaro culpable de amar el silencio y la verdad,
escamosa ballena donde sucumbo.

Nelson Castillo

NÉSTOR

Que a veces la vida parece una ficción inconcebible es el pensamiento poco original y simple que me ha venido a la cabeza después de una larga y sorpresiva conversación telefónica con Clara. No puedo creer lo que acabo de escuchar, ni soy capaz de poner en orden el torrente agitado de imágenes y pensamientos que me sacuden al recordar la última conversación que tuve con Néstor; al evocar, como si de un fotograma de film barato se tratase, la firmeza de su voz y el brillo fiero de sus ojos. Me martillea el recuerdo de aquellos días con una machacona insistencia y, a pesar de que no he sido nunca una persona impresionable y de que siempre he tratado de enjuiciar las cosas con serenidad, desde la objetividad de la distancia y del sentido común, no puedo alejar de mi pensamiento todo el torrente de dudas e interrogantes que me asaltan, ni puedo dejar de hilvanar sospechas, ni de perfilar conjeturas, a la vez que me pregunto, obstinadamente, qué he de hacer o con quién he de hablar, en el caso de que alguien relacionado con este asunto esté dispuesto a escucharme y yo me convenza de que vale la pena hacerlo.

Conocí a Néstor hace dos años cuando me incorporé a las reuniones que un grupo de amigos preparaba asiduamente en una casa rural, situada en las laderas de una serranía no muy alejada de la ciudad. Un lugar precioso y tranquilo, rodeado de pinos, que nos ofrece, por una parte, ruptura con lo cotidiano y, por otra, y para mí es lo más importante, un afianzamiento gratificante de la relación personal y de amistad con los componentes del grupo. Desde la primera vez que coincidimos, sentí cierta curiosidad por su persona, curiosidad que fue aumentando en cada uno de nuestros encuentros. La verdad es que disfrutaba con su presencia. Me agradaban su estilo personal y su conversación, el enfoque que sabía dar a sus ideas y la pasión con que las defendía, aunque honestamente he de reconocer que, en muchos aspectos, no eran coincidentes con las mías. Pero no importaba. Su radicalismo no era ofensivo. Entre sus virtudes estaba la de saber defender a ultranza su postura sin descalificar ni menospreciar la de los demás; sin aparentar, en ningún momento, sentirse incómodo ante la divergencia. Existía en él una particularidad que me parecía digna de atención: su gran habilidad para sentar en la misma mesa la firmeza de principios y una evidente actitud camaleónica con la que conseguía que todos, a pesar de las diferencias, lo valorásemos y lo aceptásemos sin ningún tipo de reservas.

El primer día que coincidimos ambos en la casona, un día ventoso y desapacible de noviembre, el grupo decidió permanecer en el interior de la casa, jugando, leyendo o conversando. Pude comprobar, ya desde el inicio de nuestro trato, que Néstor sabía mantener una plática desusadamente amena, a la vez que culta, ágil e ingeniosa. Era rápido en las respuestas y original en los planteamientos, y gozaba de la cortesía y la cautela suficientes como para no monopolizar la conversación. Los temas fueron variados, e hilvanábamos unos con otros casi sin darnos cuenta. Llegados a un punto, alguien comenzó a aflorar asuntos personales sobre la familia, la vida profesional, aficiones... La actitud reservada de Néstor me llevó a la conclusión de que no era partidario de desvelar aspectos propios; su mutismo, unas veces, y su arte para el desvío, otras, fueron tan eficaces como la amplia sonrisa que utilizaba ante cualquier pregunta directa. Más tarde, en cierta ocasión en la que coincidimos en la taquilla de un cine y ocupamos asientos contiguos, me sorprendió constatar que conocía aspectos muy particulares de la vida y la cultura de diversos países, algunos de ellos

singulares y lejanos. Ante el asombro y la extrañeza que quizá debió manifestarse en mi mirada, comentó que viajaba con frecuencia, que tenía esa gran suerte, que cada viaje le proporcionaba una riqueza cultural incuestionable y que, para rentabilizarlo al máximo, se acompañaba siempre de una cámara fotográfica como forma de plasmar vivencias y realidades y de favorecer posteriormente los recuerdos. No me atreví a preguntarle las razones de sus viajes, ni su financiación, ni las posibles compañías. Él, como era de esperar, tampoco me dio más explicaciones. Pero, mientras hablábamos del tema, me pareció advertir una cautela en los ojos, cierto rictus casi inapreciable en las cejas, un movimiento en el cuerpo como de desasosiego. Acabada la sesión, le propuse sentarnos en un café para seguir la interesante conversación que habíamos iniciado sobre la naturaleza de la medicina tradicional de los pueblos indígenas. Néstor se excusó diligentemente. Debía acudir de inmediato a una cita ineludible. Me anunció que nos encontraríamos con el grupo un mes después, cuando regresara de un viaje a Colombia que tenía en proyecto.

Y así fue. Volvió más moreno y más delgado. Se había aclarado el cabello y cambiado el corte, lo que le daba un aire juvenil y moderno. Ese día nos impresionó, además, con una camisa estampada en tonos cálidos de seda natural italiana, marcadamente elegante. No solía ser esa su imagen y nos sorprendió. Surgieron los comentarios, las chanzas, las preguntas... Su actitud ante la situación, su desenvoltura, su aceptación de todo sin responder a nada, su normalidad, fueron espectaculares y francamente simpáticas, hasta que un inesperado e incomprensible hecho hizo cambiar la escena. Ocurrió de pronto. Clara, la más joven del grupo, una agradable muchacha algo tímida, había aparecido con una cámara digital último modelo, colgada a modo de bandolera, y en un momento determinado, enfocó al grupo a la vez que lanzaba una llamada de atención:

—Quietos. Hay que inmortalizar este momento. Nuestro amigo está insuperable.

Con una agilidad pasmosa y un rictus de enfado en el rostro, Néstor se abalanzó sobre ella, y colocó violentamente una mano en el objetivo para impedir el disparo, mientras de su garganta salía un “no” rotundo. El desconcierto de todo el grupo fue total y unánime. Clara lo miró con unos ojos inmensos, interrogantes y asustados. Pero la situación de embarazo fue sólo instantánea, pues, también para nuestra sorpresa, Néstor reaccionó rápidamente, se adueñó de la situación con gran maestría y, antes de que ninguno de nosotros pudiera hacer algún comentario a aquella desmesurada respuesta, manifestó con la mayor naturalidad, como si nada hubiera ocurrido:

—Lo siento. No me gustan las fotografías. Venga, vamos a tomar una cerveza.

Se acercó a Clara y caminó con ella, llevándola abrazada por los hombros. La muchacha no pudo sonreír. En la negrura imposible de sus ojos todavía se mantenía un interrogante gesto de extrañeza y de turbación.

Durante todo el día fue el compañero de siempre, más dicharachero si cabe, más simpático y agudo, algo más comunicativo. Ante esta faceta, aproveché la velada y, en cierto momento oportuno, me aventuré a abordar el desafortunado episodio, diciéndole con franqueza que me costaba entender el porqué del incidente; la desproporción del mismo y su falta de tacto y cortesía.

—¿No lo entiendes? —me preguntó, mirándome directamente a los ojos con una mirada cálida. —Es elemental, y ya lo he señalado con suficiente claridad esta mañana; no me gustan las fotografías.

Lo miré incrédulamente a la vez que le recordaba su afición a la misma en los viajes. Algo que él me había manifestado.

—Estás en un error de apreciación. Yo no he dicho que no me interese la fotografía. A mí la fotografía me apasiona. Lo que no me gusta es que me fotografíen, y jamás lo pienso consentir.

Ante la firmeza de sus palabras estuve a punto de desistir; después de todo estaba en su derecho. Podía gustarle o no cualquier cosa, pero su actitud ante la iniciativa de Clara había sido exagerada, sobre todo en una persona correcta, flexible y amable como era él. Se lo hice ver y, después de un breve silencio, me aclaró.

—Si me prometes discreción, te haré una confidencia familiar. Soy huérfano desde los cuatro años y no tengo ni idea del rostro de mis padres. Mientras fueron adultos no se dejaron fotografiar y, además, eliminaron de mutuo acuerdo las fotos existentes de ambos; nunca, ya te digo, se pusieron ante una cámara; nunca hasta unos días antes de fallecer en un incomprensible accidente. Habían estado en casa de unos amigos para asistir a su boda, y allí, durante la ceremonia, no pudieron evitar que los retrataran. Mi abuela, con la que me he criado, no quiso conservar la fotografía que los recién casados le enviaron. La destruyó apenas llegó a sus manos y más de una vez me ha asegurado que el hecho de existir esa instantánea había sido el motivo de la muerte de mis padres. Concurrieron aspectos extraños alrededor de este suceso que podrían avalar las palabras y la firme creencia de mi abuela. Ni el juez ni el fiscal lo vieron claro. Se mantuvo abierta una investigación durante cinco años. Finalmente se cerró, y no por falta de sospechas sino de sospechosos.

—¡Por favor, Néstor!, ¿qué me estás contando?, ¿qué intentas hacerme creer?

—Entiendo tu incredulidad, pero no me influye. Puedes pensar de mí lo que quieras. Será tu problema, no el mío. Yo tengo muy claro lo que hago o dejo de hacer. En fin, no quisiera ser descortés pero así están las cosas y no van a cambiar.

—Sólo contéstame a una pregunta, ¿cómo es posible que aceptes esa relación causa—efecto tan particular? Dame alguna razón para poder entenderte. La vida es un reloj con una hora marcada. La de tus padres llegó entonces, antes de lo que debiera, quizá en circunstancias no del todo explicables, según he creído entender, pero, por favor, Néstor, no pretenderás que acepte que una fotografía...

Me miró de nuevo, sonrió, y sus ojos de una profundidad extraña mantuvieron largamente mi mirada de incomprensión.

—Estoy completamente seguro de una cosa. Nunca toleraré que me hagan una fotografía y menos todavía utilizando las nuevas tecnologías que permitirían exponer mi imagen a todos los vientos. No y no. Tú no sabes los peligros que eso puede entrañar para cualquier persona y, sobre todo, para mí. Podría cambiar radicalmente mi vida y no estoy dispuesto a correr el riesgo.

Se alzó de la butaca dando por finalizada la conversación, pero de pronto se inclinó hacia mí, acercó su cara a la mía y con voz pastosa y opaca, como si se le enredasen las palabras, me lanzó:

—Estás en tu derecho de no creerme, pero te diré una cosa. Se han realizado las suficientes investigaciones como para estar en condiciones de afirmar que es sorprenderte la fuerza que se puede ejercer sobre una persona a través de su imagen. Sé de lo que hablo. Es un ritual temible que puede llevar a la muerte.

No pude evitar sonreír. Me miró serio y abandonó la sala.

Por motivos laborales tuve que trasladarme al extranjero durante un año para abrir y poner en marcha una oficina de la empresa de telecomunicaciones a la que pertenezco. El trabajo fue duro y, lógicamente, durante este tiempo perdí todo contacto con el grupo de amigos. Sabía que habían seguido reuniéndose, pero poco más.

Hoy, una vez de nuevo en la ciudad y recordando las agradables veladas de otros tiempos, he llamado a Clara. Ha sido estupendo escuchar su voz y confirmar su interés por conocer cómo me habían ido las cosas. Pero esta sensación de agradable reencuentro ha durado poco, ya que, de inmediato y con voz emocionada, Clara me ha dado la noticia. Hacía tres meses que no sabían nada de Néstor, pero eso no era lo extraño, ya que él solía viajar a menudo, sino la forma en que su desaparición había ocurrido: al aire libre, durante una excursión al campo, y delante de todo el grupo. La angustia ha empezado a apoderarse de mí al escuchar que había sido necesaria la

intervención de la policía, al confiarme los malos pronósticos, las especulaciones e investigaciones sobre su vida, los interrogatorios, que todavía continuaban... Ante mis repetidas y ansiosas preguntas inquiriendo los detalles, me ha contado que aquel día se habían desplazado desde la casa en donde estaban reunidos hasta un río que quedaba a unos diez kilómetros. Hacía una temperatura estupenda y algunos decidieron darse un baño, entre ellos Néstor. Era un excelente nadador, como ya había demostrado en otras ocasiones. Jugaron, se persiguieron, bucearon, compitieron.... En un momento determinado fueron saliendo todos, todos menos Néstor que continuó con sus brazadas. El grupo se retiró a la sombra y buscó acomodo bajo los pinos de un pequeño bosquecillo. Al cabo de un rato, alguien, Clara no recordaba quién, preguntó por él. Néstor no estaba ni dentro del agua ni fuera. Al principio no dieron importancia al hecho; sólo al caer la tarde se comenzaron a alarmar, y se asustaron completamente ya entrada la noche. Allí estaban sus ropas, su dinero, sus tarjetas bancarias..., pero no apareció ningún documento de identidad, ni tampoco el carné de conducir, aunque no se recordaba haber visto a Néstor al volante de ningún coche. ¿Qué había pasado? Nadie lo sabía. Cuarenta y ocho horas después, cuando la policía aceptó la denuncia, se le buscó, se rastreó el río, se utilizaron perros... Nada. Había desaparecido. Nadie se explicaba lo ocurrido ni nadie podía dar una respuesta satisfactoria, ya que el río no era peligroso, Néstor lo conocía perfectamente y era una persona fuerte y sana.

Mientras escuchaba a mi amiga no he podido evitar estremecerme. La voz de Clara, tan conocida, me estaba resultando extraña e irreal. Me zumbaban los oídos, me estallaban las sienes, y mi paralización ha llegado a ser casi absoluta cuando le he oído decir:

—A mí me gusta este chico... ¿sabes? Creo que estoy enamorada de él y me trastorna la incertidumbre de lo que haya podido ocurrir. La semana anterior, sin que se diera cuenta, le hice una fotografía. Me gusta contemplarla, ¿sabes?, aunque a la vez me embarga una pena tremenda y un fuerte sentimiento de irrealidad. La tengo archivada en el ordenador; te lo digo porque, si te interesa, te puedo enviar un mail... Carlos, oye, ¿estás ahí?, ¿qué pasa...? ¡Carlos!

No he podido responder nada coherente. Como el ladrón que escapa al verse sorprendido por el sonido de la alarma, he huido de la situación y me he despedido de Clara con entrecortadas e inconexas palabras que no soy capaz de recordar. He de admitirlo. No sé qué hacer ni qué decir, ni a quién. Lo que bulle en mi cabeza no tiene mucho sentido, ni es plausible que nadie preste atención o crédito a los insensatos miedos de mi amigo ni a las dudas que ahora me asedian. Sólo me repito, para tranquilizarme, que es posible que todo sea una equivocación, una serie de circunstancias concadenadas o una broma de Néstor, y que el día menos pensado nos volverá a sorprender, de vuelta de uno de sus viajes, con otra camisa de seda italiana.

Rafaela Lillo

Moon River

Henry Mancini

“Algunas cartas deben leerse
con los labios pintados”,
me dijo Holly Golightly
cuando fui a visitarla
al hospital.

Hace tiempo que ella
ha abandonado definitivamente
el East Side.
Desde entonces, Nueva York
es una ciudad más triste
y ya no suelo
almorzar en Tiffany’s.

Cuando acabó la guerra,
traté de buscarla por Europa
y viví durante unos años en París.
La última vez que la vi
ella tenía veinte
y yo era pobre;
ayer compré un diamante
para celebrar su cuarenta cumpleaños:

“llevarlos antes de esa edad
es una horterada”, me dijo un día.

Joaquín Juan Penalva

Sojuzgan vuestra forma de amar

Se ha extendido vuestro mundo
al mismo tiempo
que un mundo paralelo
sojuzga vuestra forma de amar.

Aún después de la firme decisión,
las huellas son oscuras,
resuenan sobre asfalto,
sordamente sufrido y sin sentido.

No es fácil detener al falso moralista
que increpa libertades
ni detectar su maldad,
aún después
de ser reconocida vuestra lucha,
aún después de convencer y llegar.

Por tanto desamparo,
una mirada inmensa
circunda
a otra mirada,
salvaguardando
complicidad y amor.

Las alas del destino son sensibles
y la sangre se expande arrebolada,
se turba ante el espejo silencioso
que, fidedigno,
os devuelve lo que ya sabéis:
la parte más oculta,
vuestro infierno secreto.

¿Y qué clamar
cuando la puerta os cierren
y las caricias vaguen entre la confusión,
sin poderlas cantar?

En esta encrucijada, la generosidad
cubre la calma del idilio.
La derrota está por demostrar.

Mª Amparo Benito Díez

CARTA CONTRA EL OLVIDO

A la memoria de la abuela María

Querido Demetrio:

Hoy hace exactamente tres años tuve conocimiento a través de mi hermana mayor de la desgarradora realidad sobre un hecho hasta entonces totalmente desconocido para mí: el fusilamiento de mi padre cuando yo no había cumplido aún los dos años de edad. Clara me lo contó a la salida del cementerio, tras el sepelio de nuestra ya anciana madre, a la que tú bien conociste y tanto apreciaste, por ese cariño con el que siempre te trató y sobre todo, por lo mucho que te quiso.

Desde entonces he querido hacerte llegar esta breve carta, se lo debo a ella. Me siento deudor de una misiva que intenté escribir en varias ocasiones, aunque nunca supe cómo. Es una deuda con los recuerdos que mi madre voluntaria y dolorosamente decidió olvidar. A ella no sólo le debo el haberme dado la vida, sino el haberla preservado intacta y plena para mí, protegiendo desde el principio lo más preciado en el acontecer vital de una persona: su infancia. Ella percibió, con sabia intuición, que mi felicidad pasaba por ocultarme la terrible verdad que rodeaba la ausencia de mi padre.

Uno asume la derrota como una forma de vencer al miedo. Así la asumió mi madre, y así pudo sobrevivir al escarnio y al rencor, descartando con ello todo atisbo de odio a la hora de reconstruir el edificio de su maltrecha vida.

Querido Demetrio, desde esa distancia con que el tiempo nos permite recordar las situaciones vividas a modo de gentil caleidoscopio, yo no sé tú, mas yo, sí tengo ahora una sensación agridulce con respecto a aquella etapa infantil que nos tocó vivir y que, sin embargo, siempre había creído más dichosa de lo que realmente debió ser. Mientras jugábamos inocentemente a la guerra con fusiles de madera, eran muchos los que en silencio sufrían ausencias o devenires crueles sin que nosotros notáramos nada, y es que la inocencia, Demetrio, va íntimamente unida a un paraíso que se fundamenta en una edad y en un tiempo muy concreto. El tiempo, con su capacidad para extinguir las cosas materiales, no puede sin embargo con los hechos, ni con la vaguedad de lo ocurrido ni mucho menos con ciertas jornadas tan memorables como placenteras. El tiempo, que actúa como una nebulosa, no ha logrado dispersar el apego que tú y yo nos teníamos y que me traslada a aquellos atardeceres estivales cuando, en compañía de los hermanos Canales, o Juancho, o Pello el pelirrojo, o el Chato Clauidín, pasábamos la tarde bañándonos en aquel riachuelo que bordeaba el pueblo y del que hoy en día, según me dicen, tan sólo queda una sinuosa brecha empolvada.

Pero el tiempo tampoco puede extinguir el dolor o la angustia, ni el frío invernal e inconsolable que nos penetraba hasta el tuétano durante las clases de física o de álgebra en aquella escuelita con las paredes de adobe y que nosotros mismos nos encargábamos de encalar cada año cuando llegaba el mes de Pascua.

Aunque ya no tan niños, seguíamos siendo como hermanos ¿no sé si tú lo recuerdas?, yo, Demetrio, no necesito recordar lo que nunca he olvidado.

Íbamos creciendo sí, pero mientras nosotros nos erguíamos altivos y joviales, mi madre enterraba su altivez agachada entre viñas y zarzales o transportando pesados cajones de fruta procedente de tierras levantinas desde la estación del ferrocarril al mercado de abastos para su venta, y que, con amargura recuerdo, muchas veces le eran confiscadas, o sustraídas, o arrebatadas por algún guardia civil desalmado.

La vida se endureció especialmente para ella. Como en toda victoria mal gestionada, los vencedores se apropiaron no sólo de los bienes de los vencidos, sino también de sus sueños. Creo que la indiferencia con la que sus propios conciudadanos la trataban, la mermó definitivamente. Fue entonces cuando decidió que partiéramos hacia un destino diferente y algo más amable. Para ella iba a ser una manera de coger aire, una forma más de luchar contra ese pertinaz olvido que tanto la acongojaba, el intento de una mujer envalentonada ante un porvenir incierto.

No estoy de acuerdo, Demetrio, con los que relacionan la huida con la cobardía. Pienso que nadie es tan valiente como aquel que toma decisiones verdaderamente dolorosas aunque poco o nada comprensibles para quienes nunca han padecido dolor alguno.

Obviamos el ritual de la despedida. Lágrimas, las justas. Tú y yo nos fundimos en un prolongado abrazo y sin decirnos nada nos dijimos un *hasta pronto,* y que, con el paso del tiempo, se ha convertido en un *hasta no se sabe cuando*.

Clara sufrió la que más, porque era la que más dejaba. Nos marchamos los tres. En tren. Una fría mañana del mes de marzo. Salimos por la puerta infame de la derrota sabiendo que entrábamos en el abismo del desarraigo. El desarraigo, Demetrio, es doloroso y abismal por cuanto tiene de abandono, de incertidumbre. Aparece de súbito, sin ser llamado. Intangible como es, acompañará al desarraigado a lo largo de su existencia debido a la capacidad que este tiene para instalarse en esa zona de la mente donde la memoria permanece por siempre sitiada. Todo aquello susceptible de ser olvidado se convierte entonces en una pugna entre la verdad que resiste las acometidas de la ignominia y la realidad indolente que mira para otro lado. Y es que el olvido va de manera ineludible adherido al dolor. Olvidar produce angustia, la angustia sufrimiento y el sufrimiento marcas en el rostro y surcos en el alma.

Mi hermana Clara me contaba hace poco lo sucedido el día en que acompañó a mi madre a la consulta del doctor Gardner, nada más llegar a Suiza. Llevaba varias noches sin poder conciliar el sueño y con un exceso de ansiedad. Al entrar en el despacho, ella estaba tremendamente asustada. Tras un leve reconocimiento y una breve conversación, el doctor le dijo que olvidar hechos dolorosos era también una forma de tener memoria. Me contó Clara cómo de inmediato mi madre hizo suyas las palabras del doctor, y cómo se dejó derrotar por segunda vez.

Pierdes brutalmente a un ser querido y tratas de olvidar la pérdida. El miedo a recordar…el miedo a sufrir.

Querido Demetrio, no te cansaré más narrando hechos que tú conoces bien, tan sólo algo respecto de mi madre que me impresionó sobremanera, y que sí quisiera compartir contigo. Tiene que ver con la bondad, la dignidad y el decoro, a los que ella se aferraba incluso en las situaciones más desesperanzadoras.

En cierta ocasión, el gerente del hospital, donde estuvo trabajando los últimos años antes de su jubilación, nos hizo llamar para comentarnos algo.

Uno de los pacientes de la planta de oncología, con la enfermedad ya muy avanzada, le había dicho que la limpiadora era una mujer extraña.

—¿Extraña por qué? —preguntó.

—Esa mujer es limpiadora, pero entra en la habitación todas las mañanas y no limpia.

—¿Y qué hace entonces? —repuso.

—Se sienta a mi lado y me coge la mano, enjuga mis lágrimas o me abraza.

El decoro, Demetrio, funciona siempre como un resorte en los seres bondadosos y va adosado a la piel de aquellas personas que se muestran afables y discretas. El decoro en mi madre consistía en unir a su natural sentido para el afecto humano la dignidad con que afrontaba cada acto vital.

Terminó siendo feliz. Se marchó rodeada de sus hijos y arropada por todos sus queridos nietos. Creo que sólo una cosa le faltó por hacer antes de morir, algo tan

sencillo e íntimo como haber podido depositar unas violetas sobre la fosa común donde seguramente fue enterrado mi padre tras su ejecución, algo que tal vez yo aún pueda realizar.

Hace tres años lo supe, Demetrio. Uno de los que fusilaron impunemente a mi padre y a otros quince vecinos del pueblo, fue el tuyo en compañía de varios falangistas la noche del 16 de agosto de 1939. Supe también que tú lo has sabido siempre. Fue así cuando comencé a entender muchas de las cosas que para mí habían pasado desapercibidas. Comprendí, entonces, la reticencia de tu madre a que jugáramos juntos y el énfasis que ponía en distanciarnos, y entendí, sobre todo, la lucha interna que tuviste que padecer al lidiar contra ti mismo durante aquellos años mozos. Priorizaste nuestra amistad mediante una omisión piadosa como lo demuestra el hecho de que nunca me contaras algo que probablemente la hubiera roto de manera traumática.

No conocí a mi padre, lo sabes. Tuve que imaginar una forma de vida no vivida, un rostro angelical siempre sonriendo, capaz de protegerme en la distancia estelar en que yo lo ubicaba, o durmiendo en el fondo del océano como me habían contado.

Hoy la imagen de mi padre ha perdido la sonrisa y su rostro angelical se ha desvanecido. Hoy lo veo representado en aquel cuadro en el que Goya plasmó a los resistentes fusilados tras el "dos de mayo" a las afueras de Madrid. Está en primer plano, con una camisa blanca, agitando los brazos y preguntando ¿por qué?

No quiero ese perdón que otros damnificados reclaman. El perdón, similar a la caridad o a la esperanza, adquiere categoría de virtud teologal. La virtuosidad a la que yo apelo tiene que ver con la honradez, la fuerza de la razón y el afán por la justicia.

Querido Demetrio, en la pared lateral de la fachada de la iglesia, justo a la derecha del pórtico, como bien sabes, están esculpidos en mármol los nombres de los mártires del municipio *"Caídos por Dios y en defensa de la Patria".* Me parece correcto. Los vencedores honraron a sus muertos. Lo que yo te pido es la ubicación de otra lápida que recuerde y desagravie a los dieciséis fusilados del municipio, entre ellos mi padre, una vez finalizada la incruenta contienda civil que los enfrentó durante tres largos años.

Te lo pido, no como alcalde de mi pueblo que ahora eres. Te lo pido, casi te lo suplico, como amigo de la infancia que fuiste. Y te lo pido, sobre todo, en el nombre de quien tanto te quiso. Te lo pido en el nombre de mi madre.

Lausanne 20 de abril de 2001

Fco. Javier Fernández

La escalera

En el centro flotaba una escalera
realzada en las alturas, ominosa.
La fuerte pigmentación de los colores
que inundaba el paisaje,
suponía un retorno a la belleza
de los más idílicos recuerdos.

El extremo, perdido en lontananza,
incitaba a bailar con los peldaños,
en escalada suave y sigilosa.
Un trocito de mar, a la derecha,
con su arena amarilla y sus escollos,
suponía el retorno a la existencia
de un personaje antiguo y misterioso.

Una torcaz pequeña, diminuta,
se disponía a alcanzar, valiente, el cielo,
respetando el camino que trazaba
la línea de escalones en ascenso.
La verde y floreada barandilla
surgida de la hiedra del camino,
conversaba con aire confidente
con los rosados y esponjosos nimbos.

María José Arques

Enamorado estoy

Del dedo gordo estoy enamorado,
de su uña encapsulada y quitinosa
envuelta en carne tan mortal y rosa,
como hueso por pulpa aprisionado.
Atraparé ese dedo que está atado
a un cuerpo que lo mueve y que lo posa,
seré boca que muerde y que lo acosa
hasta herirlo y dejarlo señalado.
Dejaré así vestigios y señales
en el final de un cuerpo tan lejano,
heriré con mis dientes, cual puñales,
el que nunca será para mi mano
caricias ni placeres celestiales,
aunque lleve mi marca inscrita en vano.

Manuel Parra Pozuelo

Miosotis

Mancha azul entre la hierba, flor fugaz,
compañera del tiempo, alba sin grito,
silencio de los vientos, ojo escrito,
amada del arroyo, agua vivaz.

Hoy vuelvo a verte, estrella pertinaz,
escondida entre el verde eterno, agito
mis dedos en tu luz y así musito
la oración de la tierra montaraz.

Pincelada que es oro entre tus hojas,
añoranza del campo refulgente,
te veo entre mis sueños que deshojas.

Serás siempre del campo referente
reina y humilde luz, faro y arrullo,
donde remansa el agua ante tu frente.

Airam Lebasi

Ínclito saber

La única cosa que sé es saber que nada sé.
Sócrates

Saber que se sabe lo que se sabe y que no se sabe lo que no se sabe; he aquí el verdadero saber.
Confucio

Lo que sabemos es una gota de agua; lo que ignoramos es el océano.
Isaac Newton

La ciencia genuina, hasta donde alcanza su verdadera doctrina, carece de profundidad. La profundidad es cosa de la sabiduría.
Edmund Husserl

Cuando aprenda a saber que no sé nada,
que todo es superficie,
superficialidad evanescente,
tosco barniz que sólo ofrece brillo,

descubriré en lo más simple y sencillo,
en la sabia ignorancia,
en la desposesión de lo complejo,
toda la claridad de lo confuso.

Conocer lo pequeño no es mal uso
de nuestra inteligencia.
El átomo es minúsculo e inmensa
la fuerza de su masa y de su centro.

Por eso la verdad se encuentra dentro
de aquello que no ofrece
perímetro ni área ni volumen
ni apariencia ni una excesiva altura.

Para alcanzar lo falso de la hondura
del ígnaro oleaje
que la sapiencia inculta nos ofrece,
hay que saber mirar a ras de agua.

Cuando aprenda a saber que no sé nada
empezaré a saber lo que presumo.

Rafaela Lillo

DECÁLOGO DE LA BUENA INFANCIA

Para padres en particular, así como para todos aquellos clérigos y demás embaucadores ilustrados que ejercen de docentes, en general.

I - Perder el miedo a equivocarse
Ésta tendría que ser la primera lección que todo educador debiera enseñar a un niño.

II - Enseñarles a decir NO
Compromiso con voluntad de cumplimiento, en caso contrario, negación del compromiso. Decir NO es un acto de integridad que, a menudo, evita la hipocresía.

III - Sugerirles el gusto por "*la buena vida*"
La buena vida nada tiene que ver con la prohibición (religión), ni con la posesión (consumismo). Deberían aprender a no confundir la bondad con el beneficio ni la calidad de vida con la cantidad de cosas.

IV - Matización de conceptos
Cuidado con la lealtad; suele degenerar en sumisión, para ellos, la amistad (la verdadera) será siempre más exquisita.
Nada de disciplina, eso sería amaestrar y no educar (no es lo mismo). Se les sumerge en la responsabilidad y el resto viene por añadidura.
Justicia y no caridad es lo que el mundo necesita. Que sepan que de nada sirve ayudar al desamparado si no se denuncian las causas del desamparo.

V - Que aprendan a diferenciar entre valor y precio.
Bien sabemos que, aun poseyendo un alto precio, hay cosas que para muchas personas carecen de todo valor, y ello es debido a que dicha valoración será siempre subjetiva. Lo que para unos son objetos imprescindibles, para otros será, precisamente esa prescindibilidad, lo que los hará valorables.

VI - Enseñarles a no banalizar las cosas
En el mundo Disney los príncipes azules se casan con las princesas rosas, los plebeyos con las plebeyas, los chicos con las chicas, las chicas con los chicos. Un orden natural dentro del cual prevalece lo inmutable. En el edulcorado mundo Disney todo es real excepto la propia realidad.
Ni los animales hablan, ni son *Simbas* los leones, ni *Bambis* los ciervos. La ficción mal enfocada distorsiona dicha realidad y daña lo más preciado en un niño: su capacidad creativa, pero sobre todo, su particular forma de entender la vida.

VII - Enseñarles a razonar.
Llenar con la razón el vacío de la fe. Que duden, que se cuestionen las convenciones establecidas, que aprendan a buscar explicaciones racionales a todo tipo de fenómenos, que no se conformen con creer en ellos.

VIII - Que administren, que no acumulen. Que vivan
Quienes compran tres objetos al precio de dos cuando sólo necesitan uno, se ven obligados a generar ingentes cantidades de dinero con el fin de comprar lo que no necesitan. Más importante que la acumulación de dinero (mucho o poco), va a ser el trueque que sean capaces de realizar con él.

IX - No mentirles jamás.
No evadir jamás una pregunta formulada por un niño y mucho menos despacharla con una mentira. Nunca mentirles. Si en algún momento las mentiras de los padres son advertidas por sus hijos, perderán definitivamente toda autoridad moral sobre ellos, y lo que es más importante: su confianza.

X - Conclusión vital
Por encima de cualquier valor moral impuesto, fortalecer en ellos los valores innatos. Las virtudes teologales adoctrinan, no enseñan.
Que perseveren en lo más noble. Que abanderen la dignidad y cultiven las más mundanas formas de hacer el bien: la tolerancia, la solidaridad y el afán de justicia, del cual, emanan todas las demás supremas acciones razonables que el ser humano es capaz de acometer.
Que sean íntegros y sobre todo, que sean amables.

Fco. Javier Fernández

DANI

¿Podéis imaginar cómo es la cara del héroe? ¿Cómo dibujan los labios una sonrisa y os premian con el regalo de la felicidad original, aquélla que conocisteis cuando vuestros padres os balanceaban en el columpio? ¿Los esfuerzos del valiente para seguir adelante en medio de un mundo indiferente que no siente ni padece aquello que supera la altura de su ombligo?

Aquellas malditas y estúpidas palabras que pronunció un mercachifle especialista e ignorante y que tú, Fina, me comentabas cierta vez con rabia en la mirada: "Mire, siento decirle que su hijo no puede desarrollar habilidad alguna para una actividad". Al gilipollas ése había que destinarle al desierto de los olvidos. No hay nadie que no valga para amar y ser amado. Para sonreír, sentir, vivir y hacer vivir la vida a su alrededor. Todos ocupamos un hueco insustituible a pesar de todos los papanatas que se creen algo o alguien.

Cuando sonríes trato de adivinar qué piensas, qué me quieres decir y yo soy tan incapaz de comprender. Esa comunicación que tanto me cuesta establecer contigo porque no soy capaz de comprender el código de tus gestos, tus sonrisas, tus miradas y ademanes. Cuál es el motivo de tu alegría ante tantas palabras carentes de importancia. ¿De qué manera penetrar en el intrincado laberinto de una mente humana? Sus mecanismos de conocimiento del entorno exterior para adecuarlos a tu percepción de las cosas. Me pierdo en teorías psicológicas. Pero ahí está tu traductora, el termómetro fiel de tus sentimientos que detecta a la primera tus

emociones, tus sentimientos, tus pensamientos más hondos e inexplicables (al menos para mí).

—Dani se alegra de verte.

—Dani quiere enseñarte un cuadro

—Dani está cansado de estar aquí y quiere irse a otro sitio. Espera un poco. Ten paciencia.

Todas las madres que merecen este título tienen un monumento en el corazón. Mamá es la más hermosa palabra que se ha inventado en el universo. Mamá reúne todo lo que una persona puede soñar a lo largo de su vida: amor, abrigo, comprensión, importancia, felicidad, protección, alegría de vivir, esperanza, besos, caricias, miradas que lo dicen todo, todo, todo… Este extraño observador no lo veía todo entre Dani y Fina. Claro, éste es un aprendizaje que lleva la vida entera y no los ratitos que tú lo veías. Un amor incontaminado ante la impureza externa. La belleza total del amor hecho madre e hijo. Y uno, privilegiado espectador de la maravilla que añoraba. Que era cierta, real y la estaba viendo una y otra vez. Gratis. Porque las cosas más importantes del mundo no cuestan dinero, ¿recordáis?

Dani ama la calle. Este espacio de encuentro entre los humanos, cada día más hostil. A él se le antojaba un lugar abierto a la sorpresa. Ningún día le parecía igual a otro desde su atalaya de la segunda planta, envuelto entre las colchonetas para desplazarse a su antojo. Dani siempre con la cara vuelta hacia los barrotes del balcón (una imagen que no puedo olvidar por más o menos que viva) para adivinar los movimientos siempre nuevos de la calle. El autobús que recogía a los pasajeros como islas perdidas a destinos ignotos. La prisa sin sentido de los deambulantes, de aquí para allá, de allá para aquí, sin tiempo para la calma, la meditación de hacia dónde dirigir los pasos. Los coches devoradores de kilómetros con metas marcadas: casa, trabajo, bar, trabajo, casa. Un día y otro y uno más como fotocopias repetidas. Dani los veía como un fenómeno nuevo. ¿Adónde irían sus misteriosos ocupantes? ¿Qué venturas vivirían a lomos de esos caballos tan veloces? Los niños en alegre tropel a la guardería cercana, a la libertad vigilada de los cuatro muros de aquel lugar donde el juego, la ilusión y la esperanza eran posibles. Los chavalines con las legañas todavía en las pestañas y el colacao recién bebido hacia la casita de chocolate.

—Mamá tiene que trabajar y ganar dinero para la nena y pagar la hipoteca del piso, las letras del coche y las cenas que disfrutamos los sábados por la noche en la playa. Mamá vendrá contigo de 8 a 10 de la noche. Mientras tanto, tendrás una tata (una tata que hará de mamá y conocerá a tu hija más que tú).

Dani veía esta realidad siempre repetida con ojos nuevos. El tiempo había pasado. Su cuerpo se había hecho el de un joven de 25 años con hechuras y peso de hombre.

—¡Huy, lo que pesas, Dani! Casi no puedo llevarte ya. Me saldrá una hernia de tanto levantarte y ponerte en la silla.

Dani sonreía a Fina con una sonrisa que sólo podían tener los ángeles en el día original del mundo cuando todo era nuevo y fresco y limpio. Cuando la inocencia era la señora de la Tierra y los besos el pasaporte a la felicidad.

La Administración, aquellos señorones respetables, supremos desconocedores de las necesidades ajenas, ninguneaba a Fina las peticiones para Dani. ¡Cuánto costó

conseguirle la silla eléctrica para sus desplazamientos por la calle, el espacio mítico que tanto apasionaba a nuestro joven protagonista! ¿Cuántas vueltas y revueltas tuvo que dar Fina, de este departamento a aquel negociado, de aquel negociado hasta aquella sección, de esa sección hacia la jefatura correspondiente para conseguirle a Dani un elevador para el baño y poder ducharle? Siempre faltaba un papel o una revisión o la autorización pertinente del responsable del área que había de tramitarlo al jefe de negociado y éste enviarlo para la supervisión del superior correspondiente. Pasos, vueltas y revueltas hasta lograr el ansiado ingenio que hiciera la vida más cómoda a Dani.

Pero todavía no hemos hablado de la principal ocupación y devoción de Dani. Esta historia a medio camino entre los recuerdos y la literatura que no es vida sino después de ser vivida, no reflejaría una mínima parte de la personalidad de nuestro amigo si no contamos qué le apasiona hacer de verdad. Dani es pintor. No de esos de brocha gorda y paredes cada una de un color. Pinta cuadros. Y ahí su imaginación se desborda. Su ser de hombre que quiere comunicarse con el exterior surge con toda su fuerza creativa, expansiva. Una orgía de color tumultuosa y desbordante inunda sus óleos y acuarelas. La fuerza, la expresividad de sus creaciones conmueven al incauto espectador. Los rojos, los azules, los verdes, los trazos plenos de textura y de garra quieren salir del corsé limitador de las dimensiones del cuadro. Necesitan hablar más y salir del contorno de unas dimensiones que no pueden explicar los mundos que viven en él.

Es difícil esto de ser pintor. Hay demasiados que se creen acreedores de este nombre y se pavonean por ahí que hacen esto y lo otro y que han expuesto en tal y cual sitio. Que tal museo les llama constantemente para que celebren una muestra en sus instalaciones. Van Gogh fue considerado un loco y en su vida no vendió un cuadro. Y ahora los coleccionistas se pegan por conseguir un auténtico. Modigliani vivió en la más estricta de las miserias. Esas figuras estilizadas de rostros insondables y unos ojos profunda y hermosamente azules por los que era imposible adentrarse en el alma impenetrable. Miró decía que deseaba volver a pintar como los niños de cuatro años y estuvo toda su vida detrás del deseo. Volver atrás, desaprender lo aprendido, lo que carga nuestras espaldas con tanto conocimiento inútil, pesado, estéril. Dani ha aprendido el oficio de pintar a través de sus sentimientos, sin escuelas, tendencias o modas a las que adherirse. Su maestro es su instinto, sus ganas de comunicar sus emociones, el intenso tono vital de sus obras. Palabras vacías que no tienen vida si no os atrevéis a adentraros en la contemplación de sus creaciones. ¡Ah, no os he dicho un misterio! Dani no necesita los pinceles para aprehender su percepción del alma, escudriñar las profundidades de su ser de artista. Su mano guía sus emociones, sus vibraciones, sus deseos de transmitiros su ser más auténtico a través de su mano, de su palma y dedos manchados de color y expresividad sobre el soporte para impresionarnos con sus cuadros. El lento y dificultoso trabajo del creador auténtico para reflejar una porción de su universo sobre la obra que reinaugura el mundo. Así intuye este atrevido narrador a Dani, un misterio como todos, pero que se atreve a comunicarse con nosotros en virtud de sus cuadros. Y vuelve a inventar la pureza original del primer día del mundo. Cuando todo era azul y la felicidad cruzaba todas las estancias. ¿Os acordáis?

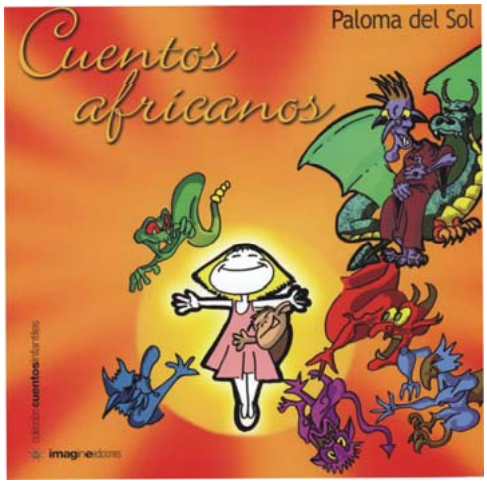
Francisco Gómez

Gotas de agua

Somos gotas de agua
durmiendo en el escarnio luminoso de la vida,
capilares ardientes.
Enrojecidos amores estelares,
extenuados tiempos infinitos,
palpitantes espejos.
Somos el agua que se abraza a la tierra,
una lágrima que canta,
partida y rota.
Acuosos latidos interiores,
tambores de agua nutritiva,
ardientes fluidos,
rabiosos colores que se expanden
buscando en la ira la respuesta.
Edemas inconclusos
de un hombre que despierta.

Julia Díaz Climent

PALOMA LORIBO. ARTE AFRICANO



Paloma Loribo, nacida en la isla de Bioko, en Guinea Ecuatorial, perteneciente a una familia en la que abundan los músicos, los escritores y los bailarines, hija de un escultor, es cantante, actriz, compositora, escritora y pintora, y materializa sus recuerdos africanos, sus raíces, en las obras pictóricas que elabora con minerales extraídos de las rocas de la ínsula que la vio nacer, como el *tö öbo*, usado por el hombre bubi en sus ritos tradicionales, y el refrescante y curativo *calaba chök.* El uso de estos elementos proporciona a la acuarela una consistencia más sólida y consigue otorgar una gran luminosidad a los colores. La fuerza de la artista, la magia de su lugar de origen, se refleja en su obra de forma contundente, como si la naturaleza, en todo su vivificante esplendor, turbadora y reivindicativa, quisiera transmitirnos su mensaje desde la abrupta belleza de la catarata del río Eola.

La explosión colorista de sus cuadros ha recorrido la geografía española de norte a sur en varias exposiciones colectivas, entre las que destacan *Arte vino,* en las Bodegas Osborne de Malpica del Tajo, en Toledo y *Los colores de la música,* en la Estación de Metro Príncipe Pío, en Madrid. Ha expuesto en solitario en algunas muestras individuales, como en la Galería Amador de los Ríos, en Madrid, en la Casa de Cultura de Aranda del Duero, en el Centro Cívico de Cerrada de Valladolid y en la Sala de exposiciones de la Obra Social de Caja Duero, en Salamanca.

Ex integrante del dúo musical *Las hijas del sol*, Paloma no ha cesado de trabajar desde su llegada a España, lanzando al mercado discográfico cinco álbumes que han constituido un éxito y que la han encaminado a colaborar en los más prestigiosos festivales de música europeos y canadienses. Ha participado en las grabaciones de otros artistas, como Rita Marley, Rosana, Capercaille y Manu Chao.

En su faceta de actriz, ha intervenido en el largometraje *Pecata Minuta* y ha armonizado, con su peculiar voz, las bandas sonoras de varias películas americanas y españolas.

En junio del presente año, fue publicado su libro *Cuentos africanos,* una obra en la que, a través de dos cuentos titulados *El destino de rubí* y *La niña Eléká,* la autora traslada al lector a un contexto que ella conoce, involucrándolo en la situación de la mujer africana y destacando el importante rol que ésta ocupa en su entorno social. Asimismo, los dos cuentos tratan sobre la lucha por la superación personal en una sociedad mundial repleta de dificultades y propugnan una serie de valores entre los que destacan la nobleza, la lealtad, la fidelidad, la valía de la amistad, la comunicación entre personas de distintas culturas y razas, el amor universal y la voluntad de luchar en aras de la justicia, unos principios de gran utilidad para los niños y también para los adultos. Las ilustraciones de los cuentos, de gran viveza y colorido, son obra del diseñador gráfico Enrique Pérez y de la propia Paloma Loribo.

Polifacética y prolífera, además de la preparación de su próximo disco en solitario, que verá la luz en breve, la artista guineana participa en la Exposición *Enigma Picasso*

(Retratos a su autorretrato. Miradas al espejo desde el siglo XXI), una muestra itinerante y colectiva de obras inspiradas en algunos de los cuadros que elaboró el pintor malagueño, en el periodo que abarca desde 1895 a 1907 y en la cual colaboran los artistas Luis Eduardo Aute, Octavio Colis, Pedro Condés, que se recrea en la técnica del collage, Javier Rojo, David de Miguel, que copia y versiona *Las señoritas de Avignon* y Paloma Cabanes, entre otros. La muestra tiene repercusión internacional, por los lugares en los que va a ser expuesta y por la diversa procedencia de los autores. El periodista y poeta Maurilio de Miguel, galardonado en el año 2003 con el Premio Sial-Nobel de Poesía, por su poemario *Geografías privadas del sueño*, es el comisario de esta exposición, que tiene su origen en el libro *El enigma Picasso,* novela histórica basada en la vida del artista. Según su propio autor, Maurilio de Miguel, el mencionado libro ha constituido el punto de partida de esta muestra iconográfica que se inauguró el pasado 4 de octubre en la Casa de Cultura de Cartagena. Está previsto su paso por Málaga, en noviembre. En diciembre, viajará a Sáhara, al campo de refugiados saharauis, y también irá a Portugal, concretamente a Sintra, a la Quinta do Río Touro,

Se trata de una peculiar exposición en la que, parte de la obra de Picasso, es copiada y después versionada por artistas procedentes de diversos países del mundo, como el pintor iraquí Martín Hanoos, la pintora portuguesa Helena Litz, la artista albanesa Nendrina, que aporta a la exposición una copia figurativa y una adaptación abstracta, y, por supuesto, Paloma Loribo, que nos sorprende con una versión africana del cuadro titulado *Autorretrato con paleta.1906*. Si la copia es sobrecogedora por el modo en que la artista ha captado el momento interior de Picasso al retratarse, la obra versionada adquiere un cariz atávico que transporta al espectador a aspectos tribales y étnicos, con la particularidad de que Picasso permanece en el cuadro, sereno y expectante, mirando pasar el tiempo a través de unos ojos sin pupila y negros en su totalidad, como un guerrero bubi.

Paloma Loribo, a la cual yo percibo como una guerrera visionaria, ha dicho: *"No suelo soñar, pero cuando lo hago lo plasmo en papel por la noche y luego me sirve para trabajar en ello"*. Dados los brillantes resultados, no puedo terminar este artículo sin desearle a esta excepcional artista, embajadora de la cultura guineana en España, que tenga muy felices y fructíferos sueños.

Autorretrato con paleta. 1906. Copia. Paloma Loribo.

Autorretrato con paleta. 1906. Versión. Paloma Loribo.

María José Arques

A propósito de la guerra

Habría que extraer
de algún rapsoda ciego y olvidado
diez mil versos de rabia contenida
y, en un cajón de sastre,
mezclarlos con las tibias de un osario
y el íntimo amargor de las adelfas,
batir de siete efebos las codicias
que en sorda voz sin bronce se culminan,
para luego,
sin dar a nadie nombres ni apellidos
y todos los permisos caducados,
poner con el marchamo de primicia
y en dosis prohibitivas de alto precio
las cuotas que a tenor dicte el mercado.

Tan sólo referir en los envases:

"LAS DEBEN CONSUMIR LOS QUE YA TENGAN
DE MIL NIÑOS LA SANGRE POR LAS MANOS"

Jamás decir la hedionda gusanera
que habráles de acudir tras una dosis.

Juan José Alcolea Jiménez

Cuerpos

Hay quien prefiere que en el otro cuerpo
haya alguna sombra,
la suficiente sombra para ocultar la noche,
para aproximarse hasta el oscuro
pozo, a la soledad que lo acompaña,
al dolor y al amor y al ansia ardiente.

Pero no demasiada sombra
ni demasiada luz
(un poco de luz en los hombros parece necesaria),
sólo un poco de esperanza a pesar de la fatiga,
sólo un destello en los ojos y un poco de humedad en los labios
y en el hueco donde comienzas
a agonizar ahora,
en el que quieres sumergirte…

Sólo es una noche y un calor y un misterio,
y una pereza y una desgana y un
tiempo para caer al precipicio,
y una tierra desnuda y toda abierta…,

y nada sabes de esta noche ni del día que aguarda,
ni del turbio silencio que se rompe.
Te resulta extraño y desnudo y puro o sucio el cuerpo,
tal vez como que sobran las palabras

y las metáforas. Sí se sabe que
va desapareciendo paulatinamente
la distancia de una vena con la vena distinta,
la mano con la mano y con el sexo,
el engranaje de una célula con su respiración profunda,
que va creciendo la metamorfosis del rencor y el olvido
hacia el beso rotundo o el vientre deslumbrado.

Que no existe
ni puede ya existir más que el hallazgo,
no puede ya encontrarse sino un hueco,
una hondura de piel
y nervio y jadeo y arrebato y goce,
un chocar de la tierra con la tierra,
un resplandor de tiempo y sangre,
todo el temor que huye. Ahora te habita
la íntima certeza de estar vivo.

Hay quien desea que en el otro cuerpo
haya una noche, un espacio húmedo
de estrellas y de lunas
y de mar. Todo un viento
de roces y caricias y dolor. Con el cuerpo,
con lo ocurrido hace siglos, con
lo que está sucediendo. O con olvido o duda…

Cuando amas un cuerpo
encuentras el oscuro laberinto,
encuentras las paredes, los muros y las puertas,
encuentras el silencio, las palabras o el grito
y te encuentras de nuevo el alma que tuviste,
y encuentras los fracasos, los gozos, los recuerdos.
Cuando amas un cuerpo regresas
a tu nacimiento, a tu primera mañana,
regresas al jardín de tus primeros días,
regresas al adolescente que fuiste
y al beso inacabado...

El tiempo ahora te recorre,
atraviesa toda la desnudez que eres…
Y es desde el otro cuerpo
la plenitud de un cielo que
no tiene a veces límites…

Sólo es la noche
y un calor y un misterio,
tiempo para existir y para amar
en la tierra desnuda y toda abierta.

Francisco Alonso Ruiz

La herida

No te dejes herir el alma
si sientes la emboscada.

Apresúrate a custodiar
la herida adversa
con el sonido del viento
y del arroyo.

Vierte sobre ella el color
de las flores con su perfume.

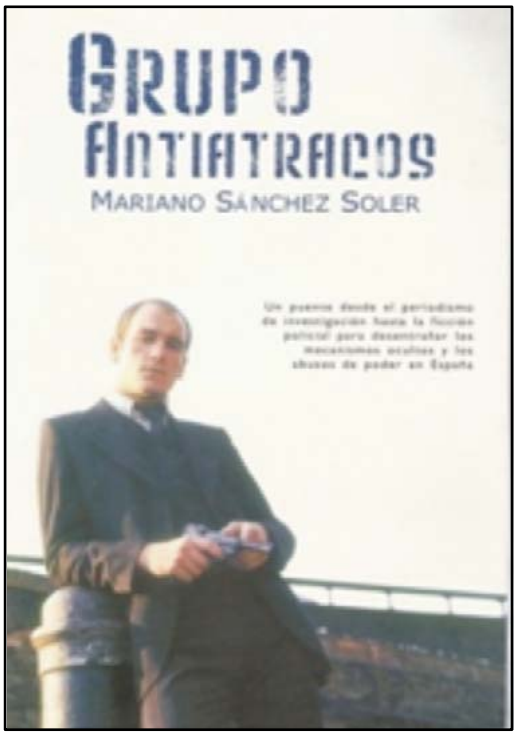
Recúbrela de paños empapados
con trinar de pájaros
y brotes de primavera.

Verás como deja de manar el agrio
líquido del desamor.

Mati Bautista

UNA NOVELA NEGRA ESCRITA POR UN CORAZÓN BLANCO

Grupo antiatracos, de Mariano Sánchez Soler
La Factoría de Ideas, Madrid, 2006, 316 pp., 18,95 €



Es sabido que en la denominada novela negra, partiendo de acontecimientos análogos o idénticos a los que cada día aparecen en los espacios dedicados a sucesos en los medios de comunicación, es decir, de la más prosaica y cotidiana realidad, sus autores nos muestran su lado más oscuro, sus agujeros negros en los que se cobijan los intereses y las conductas cuya existencia no es comúnmente admitida por los bienpensantes.

Los creadores de estas ficciones parten de los casos que, ya en si mismos, nos conturban y desde estas conmovedoras realidades nos muestran los inconfesables motivos que condujeron a tan enormes infortunios o abyecciones. De este modo, la perversión que se oculta tras lo más trivial muestra su rostro verdadero y estremecedor en las páginas de las novelas negras, mostrándonos cómo el estanque de aguas, aparentemente límpidas y tranquilas, de lo cotidiano oculta el negro cieno de la maldad.

En *"Grupo antiatracos"* las tres narraciones que bajo este título publica Mariano Sánchez Soler, aunque situadas en distintos escenarios y con diversos argumentos, contienen y expresan su negativa valoración de una sociedad esencialmente perversa y pervertidora.

La primera, *"Carne fresca"* es la historia de un desafortunado muchacho, Juan Fernández, Seisdedos, instalado definitivamente en la delincuencia y la marginalidad carcelaria a la que ha llegado desde una familia desestructurada y una madre dedicada a la más ínfima y degradada prostitución y un robo con violencia y resultado de muerte. En su prisión, el tiempo pasaba con tan monótona serenidad, que el recluso incluso podía leer y escribir poemas en los que reflejaba sus ideas sobre los conflictos entre su entorno y sus deseos de realización personal, imposibles de satisfacer sin traspasar los límites de la legalidad, hasta tal punto que, lleno de clarividencia y sinceridad, afirma en sus versos: *Escupidos en la calle, desde siempre, despreciamos la ley. No tenemos reglas*.

Pero, cuando, gracias a una carta que su novia le entrega en un vis a vis carcelario, sabe que su hermana, la persona en la que ha depositado su afecto más puro, ha escapado de su casa, alarmado y conmocionado, la imagina en manos de los más odiosos y crueles proxenetas y planea y lleva a cabo su fuga para encontrarla y rescatarla de los que, con seguridad, la explotarían y denigrarían. La captura del peligroso delincuente, que en su huida va dejando un rastro de muerte, se encomienda a una pareja de policías, Carlos Galeote, joven e idealista, y José Pulido, avezado y escéptico, que persiguen al empeñado en la búsqueda de su hermana. Al mismo

tiempo que acompañamos a perseguidos y perseguidores, a través de las páginas de Mariano, nos son mostradas sugerentes descripciones de la denominada Costa Blanca, y de una gran cantidad de protípicos individuos que consumen y ofrecen carne fresca de adolescentes prostitutas, como la que motiva la tragedia de Seisdedos. En medio de delirantes y vertiginosas aventuras, Siesdedos se apodera de una lista de *más de cincuenta ilustres que han estado este año tirándose a niñas menores de quince años*. A cambio de la entrega de tan comprometedor listado, Pulido y Galeote permitirán a la hermana de Seisdedos marchar a Argelia y prometen influir, dentro de lo posible, para que los cinco asesinatos cometidos en su alocada huida sean considerados como homicidios involuntarios cometidos en estado de necesidad y de enajenación mental.

Seisdedos, que había puesto en manos de su hermana el dinero procedente del atraco que le llevó a la cárcel, se entrega a los dos policías en la bocana del puerto de Alicante, mientras ella se encamina hacia una nueva vida, liberada de la necesidad de continuar vendiendo su cuerpo a ricos viejos libidinosos.

La segunda narración, encabezada por la palabra *Interludio,* nos relata un viaje de la pareja de policías en el Lusitania Expres, en el que Pulido protagoniza una aventura sexual que se inicia cuando, al comprobar los pasaportes de los viajeros, tropieza con una voz melodiosa de dulce acento brasileño que corresponde a *Leida Veloso, natural de Bahía*

Mientras Pulido consuma su encuentro sexual en un compartimento del Lusitania, Galeote descubre que, en otro compartimiento, acompañado por una funcionaria del cuerpo de policía llamada Asunción, viaja el Jefe de su Brigada, que juega un papel central en la narración, ya que cuando Galeote descubre el cadáver de un importante hombre de negocios victima de un asesinato, que alguien ha tratado de enmascarar como un suicidio, le impone un expeditivo y concluyente silencio mediante una nota en la que escribe: ”Tú no sabes nada”.

El denominado *“Libro Segundo”* se titula *“Festín de tiburones”* y se adentra en el turbio mundo de las finanzas y los jerifaltes despiadados, a cuya cabeza se encuentra el avasallador, y en aquellos días omnipotente, Mario Conde. La trama que evidencia tan espurios manejos transcurre simultáneamente a un apasionado y desinhibido idilio entre Carlos Galeote y Cristina Ramírez, funcionaria del Ministerio del Interior, experta en cibernética, que servirá de inestimable ayuda a su amante para descubrir las vidas y milagros de los personajes que acompañan a los implicados en las actividades de los implacables banqueros, los capitalistas envidiados y envidiables. El suicidio de dos prósperos e importantes hombres de negocios, Urquiola y Expósito, que habían sido arruinados como consecuencia de la quiebra de FUSA (Financieras Reunidas, Sociedad Anónima) pone a los policías tras la pista de lo que olía a podrido en aquella sociedad corrupta. Sus sospechas se acrecientan cuando Coman, un hombre de negocios judío, arruinado por los insaciables financieros, con el que contacta Galeote, y cuyas informaciones podrían implicar a los responsables de tanta iniquidad, muere aplastado por un autobús, al mismo tiempo que los conspiradores intentan asesinar a su colaboradora y amante, Cristina Ramírez. Múltiples, diversos y siempre interesantes acontecimientos van descubriendo ante los ojos de los lectores los entresijos de un complot a cuya cabeza se encuentra el capo de todos los capos, el tiburón más despiadado y sanguinario, el omnipotente, Mario Conde, cuyos esbirros, tentacularmente distribuidos en los lugares que dominan y controlan la sociedad, impiden a Pulido y Galeote que, cumpliendo la misión que tienen encomendada y que no es otra que la de hacer justicia, entreguen a los jueces a los conspiradores y asesinos, por el contrario, los policías han de contemplar el triunfo social del gangster que, al aparecer en el telediario estrechando la mano del presidente del gobierno, contamina a una sociedad que reconoce y admira sus procedimientos de hacer dinero

a costa de lo que sea, su “todo vale” aunque para su triunfo sea preciso el crimen más abyecto.

Las tres entregas que componen esta novela, además de tener como protagonistas a los dos policías, coinciden en una valoración negativa de la sociedad que, o bien arroja a sus ciudadanos a la marginalidad, a través de un proceso iniciático que los conduce inexorablemente a la delincuencia, como sucede en el caso de Seisdedos o que impide a los encargados de velar por el cumplimiento de la ley el desenmascarar a los verdaderamente intocables, ante cuyo poder se estrellan las buenas intenciones de los dos policías, como sucede en la narraciones tituladas *“La sonrisa del muerto y Festín de tiburones”.*

Estas interpretaciones de nuestra realidad se describen utilizando una prosa que no desdeña las expresiones coloquiales o del argot carcelario o policial que caracteriza el mundo de la prostitución y el del consumo y tráfico de las drogas ilícitas, que dan lugar a una impresión aún más real de lo narrado.

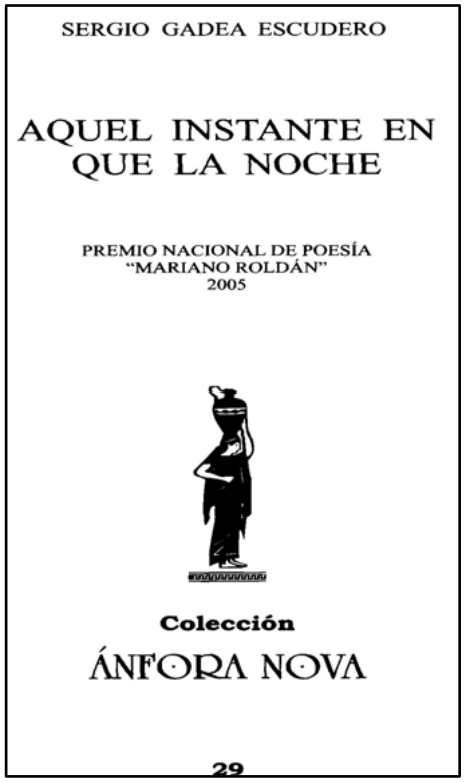
La descripción de los escenarios en los que las acciones transcurren permite a Sánchez Soler adentrarnos en ambientes y situaciones por los que evidencia una especial empatía, en este terreno son especialmente destacables las escenas que se desarrollan en la Explanada de Alicante, o la que relata la marcha de la hermana de Seisdedos al embarcarse hacia su nueva vida en Argelia. Reseñar, así mismo, las pinceladas de un humor ácido y corrosivo que, en ocasiones, adornan el texto de Mariano, como cuando pone en boca de la novia de Siesdedos las siguiente palabras: *La fábrica era en cierto modo la cárcel de su novia, otra forma de vivir en cadena perpetua*, o cuando, para describir un amanecer, nos dice: *En menos de una hora el sol se colgaría por encima de las cabezas y de la espesa capa de contaminación plomiza*.

En definitiva, las páginas de *Brigada Antiatracos,* además de permitir una interesante y amena lectura, nos retratan escenas y episodios de la cotidiana existencia, tras los que la sociedad oculta la perversión con la que engulle los propósitos más bienintencionados y las intenciones más altruistas, y es el blanco corazón del autor de estas narraciones, empujado por su deseo de un mundo menos perverso y más cordial y honestamente humano, el que lo pone ante nuestros ojos, al describir lo que el tinglado de la vieja farsa no nos deja ver, y que quisiera que fuese para siempre desterrado de nuestra convivencia, tal como se revela en los tres relatos oscurecida por la negra sombra del mal.

Manuel Parra Pozuelo

TERRITORIOS DE SOMBRAS DONDE LA LUZ HABITA

Aquel instante en que la noche, Sergio Gadea Escudero, Premio Nacional de Poesía,"Mariano Roldán", Colección Ánfora Nueva, Rute, 2006, 49 pp., 10 €



Este poemario es un logrado intento de explorar la trayectoria de esa delgada y sinuosa línea que separa y limita los territorios de los sueños y de la vida, en el que Sergio Gadea nos muestra, a través de sus versos, el poético modo de dar cuenta a su amada del resultado de su indagación, aunque también es a él mismo al que, en otros poemas, trasmite las emociones que aquellos ámbitos le provocan.

El universo imaginario en el que transcurren las composiciones poéticas de este libro, que ha merecido el premio Nacional de Poesía Mariano Roldán de 2006, es el de la noche, el lugar mágico en el que cohabitan y se confunden la vida y el sueño, aquel lugar en el que el inefable frailecico *entrose donde no supo y quedose no sabiendo,* aunque en posesión de toda la sabiduría y el conocimiento humano y divino en aquella estancia, a la que los poetas surrealistas no dudaron en definir como maravillosa bicicleta para el amor.

Para Sergio, el cotidiano acontecer, el municipal y espeso transcurso de las horas diurnas lejos de satisfacer su deseo de amor y felicidad es el lugar "horribilis", el inevitable infierno que hasta tal punto quisiera ignorar que su iniciático y revelador viaje comienza con el hermoso verso que da título al poemario *"Aquel instante en que la noche"*, y concluye a las ocho de la mañana, *cuando alguien grita en un inglés excesivamente nasal que el desayuno está listo,* estableciendo así su escenográfica limitación.

También es preciso poner de manifiesto que tan importante como el diálogo amoroso y el escenario en el que transcurre son los elementos decorativos con los que se enriquece y que en la noche cobijan e inspiran los sueños del poeta. A este respecto, la imaginería de Sergio sigue fielmente aquel postulado baudelairiano que exigía ser absolutamente moderno, si bien adaptándolo a nuestra más rabiosa contemporaneidad, y personalizando una tendencia presente en los mejores poemas de la generación denominada de los novísimos, así evoca el mundo del cine en su poema *Ultracuerpos,* dedicado a la película titulada *"La invasión de los ultracuerpos"*, de la página 25, y dedica un poema, *"Mi querido Trimalción"*, en la página 26, al personaje de una obra de Petronio, evocando, mediante esta reminiscencia clásica, sus cenas *rodeados de esclavos pintorescos,* y alude al

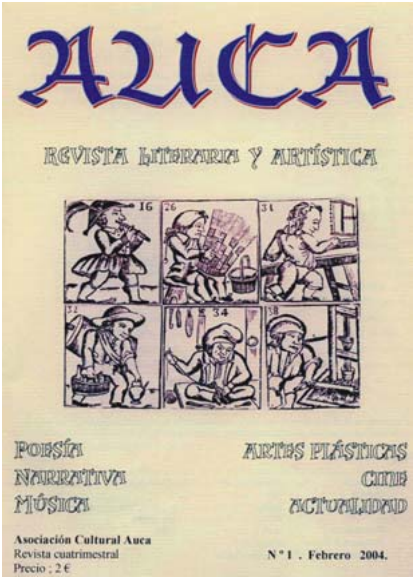
“Divino Marqués”, en la página 27, en una transparente y obvia referencia al Marqués de Sade, o a los olvidados versos de Gil de Biedma, en la pagina 43, o a las canciones de Vinicius di Moraes, en la página 35, e incluye diversas alusiones, en otros poemas, a músicos de jazz como Keith Jarret, Eric Dolphy y Jim Hall.

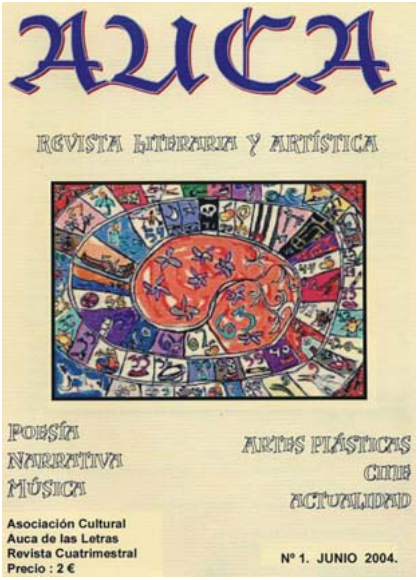
Este entorno culturalizado es el que enmarca y condiciona el diálogo con la amada, no exento de obstáculos y dificultades hasta tal punto que, ya en su primer poema, siguiendo la caracterización instaurada por el romanticismo becqueriano, pone de manifiesto la contradicción existente entre el odio de aquella a la que se ama y la altivez del poeta, incidiendo en la dificultad o imposibilidad de una satisfactoria y completa relación amorosa, que caracteriza y define la sentimentalidad afectiva en la época contemporánea, si bien es cierto, que, (en el caso del poemario que comentamos), también expresa, con absoluta nitidez, el respeto por la libre decisión de la mujer, que le lleva a describirla como *un ser precioso / que hoy no tiene labios para mi, / y está en su perfecto derecho* y que nos es presentada como una escurridiza presencia, como un entrevisto sueño que pervive en *imágenes perdidas en blanco y negro / de un documental adulterado*. El poeta, en su relación con esta polifacética mujer, transita, como no podía ser de otra manera, desde la desconfianza y el reproche *mientras muero de celos* hasta el agradecimiento y la satisfacción por el amoroso encuentro *Me viniste a buscar... y en la astuta madrugada / te sentí más mujer que nunca...*

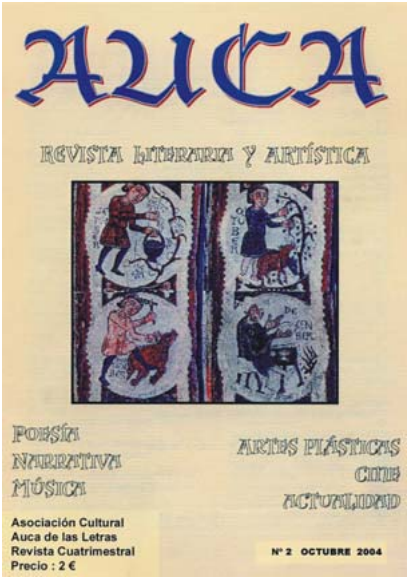
Nos parece que el ciclo amoroso y la presencia en él de la amada concluyen en los últimos poemas, y es la capacidad de creación del yo poético la que le permite renacer, a través de las palabras que líricamente la evocan, tal como concluyentemente afirma cuando dice: *NO, todo es falso/ tú has muerto como muere el día / yo renazco de ti y te multiplico.*

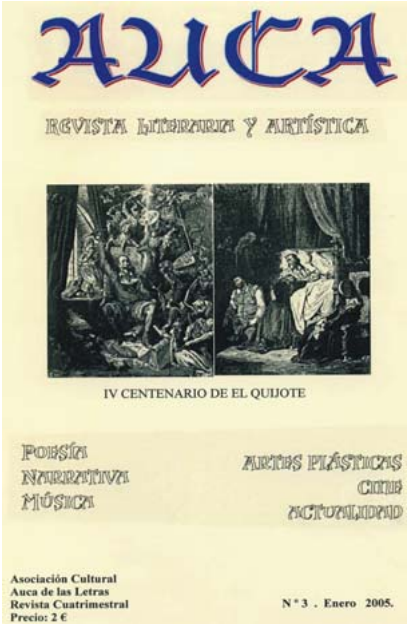
Hermosa y sabiamente escrito, este libro nos conduce, desde su inicio, por los caminos de la noche y el sueño hasta los términos finales de un amanecer, en el que dejará las huellas de sus irisados resplandores la palabra poética nacida en la oscura noche del alma, porque precisamente de las tinieblas y de las sombras surge la cálida emoción y el deslumbramiento de los inspirados versos con los que Sergio Gadea ha dado forma a este hermoso poemario titulado *“Aquel instante en que la noche”.*

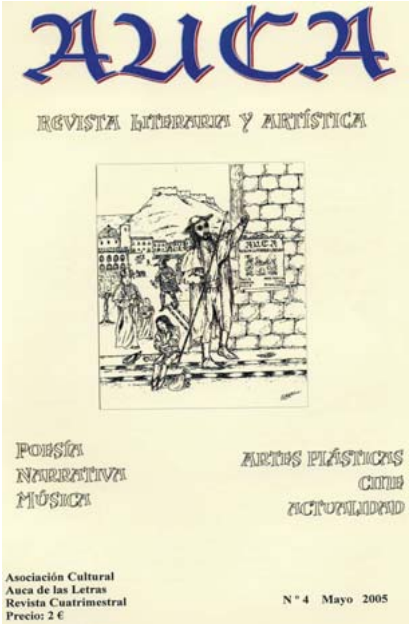
Manuel Parra Pozuelo

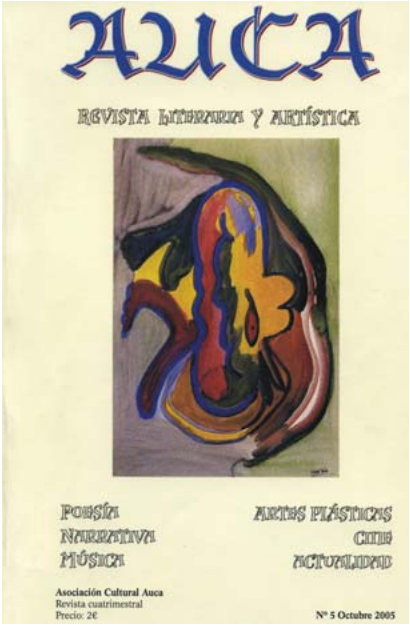

AUCA
REVISTA LITERARIA Y ARTÍSTICA
POESÍA
NARRATIVA
MÚSICA
ARTES PLÁSTICAS
CINE
ACTUALIDAD
Asociación Cultural Auca
Revista cuatrimestral
Precio : 2 €
N º 1 . Febrero 2004.

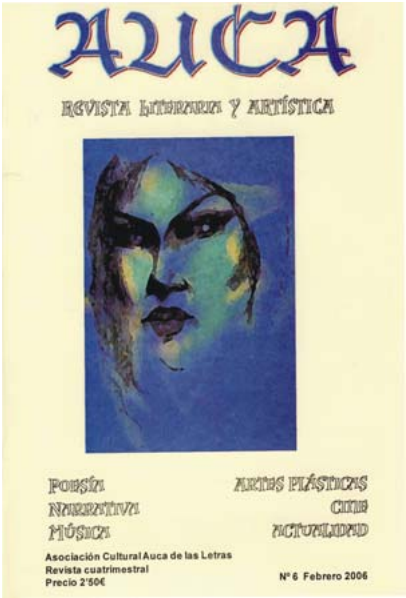

AUCA
REVISTA LITERARIA Y ARTÍSTICA
POESÍA
NARRATIVA
MÚSICA
ARTES PLÁSTICAS
CINE
ACTUALIDAD
Asociación Cultural
Auca de las Letras
Revista Cuatrimestral
Precio : 2 €
Nº 1. JUNIO 2004.


AUCA
REVISTA LITERARIA Y ARTÍSTICA
POESÍA
NARRATIVA
MÚSICA
ARTES PLÁSTICAS
CINE
ACTUALIDAD
Asociación Cultural
Auca de las Letras
Revista Cuatrimestral
Precio : 2 €
Nº 2 OCTUBRE 2004


AUCA
REVISTA LITERARIA Y ARTÍSTICA
IV CENTENARIO DE EL QUIJOTE
POESÍA
NARRATIVA
MÚSICA
ARTES PLÁSTICAS
CINE
ACTUALIDAD
Asociación Cultural
Auca de las Letras
Revista Cuatrimestral
Precio: 2 €
N º 3 . Enero 2005.


AUCA
REVISTA LITERARIA Y ARTÍSTICA
POESÍA
NARRATIVA
MÚSICA
ARTES PLÁSTICAS
CINE
ACTUALIDAD
Asociación Cultural
Auca de las Letras
Revista Cuatrimestral
Precio: 2 €
N º 4 Mayo 2005


AUCA
REVISTA LITERARIA Y ARTÍSTICA
POESÍA
NARRATIVA
MÚSICA
ARTES PLÁSTICAS
CINE
ACTUALIDAD
Asociación Cultural Auca
Revista cuatrimestral
Precio: 2€
Nº 5 Octubre 2005


AUCA
REVISTA LITERARIA Y ARTÍSTICA
POESÍA
NARRATIVA
MÚSICA
ARTES PLÁSTICAS
CINE
ACTUALIDAD
Asociación Cultural Auca de las Letras
Revista cuatrimestral
Precio 2'50€
Nº 6 Febrero 2006

AUCA
REVISTA LITERARIA Y ARTÍSTICA
POESÍA
NARRATIVA
MÚSICA
ARTES PLÁSTICAS
CINE
ACTUALIDAD
Asociación Cultural Auca de las Letras
Revista cuatrimestral
Precio 2'50€
Nº 7 julio 2006

Asociación Cultural
AUCA de las Letras
CAM
Caja de Ahorros del Mediterráneo
OBRAS SOCIALES
AYUNTAMIENTO DE ALICANTE
Patronato Municipal de
CULTURA
INSTITUTO ALICANTINO DE CULTURA JUAN GIL-ALBERT
DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE ALICANTE

Puntos de venta

PRENSA Plaza de América, Nº 2. – ALICANTE.
PRENSA NAVARRO. C/ Plus Ultra, Nº 75 – ALICANTE.
PRENSA MATILDE. C/ Bono Guarner, Nº 21 – ALICANTE.
CAFETERÍA L' ESTIU. C/ Bono Guarner, Nº 19 - ALICANTE
VIDEO-CLUB ESPIRAL. C/ Deportista Juan Matos – ALICANTE.
LIBRERÍA DEL PLA. C/ Ingeniero Canales, Nº 5 – ALICANTE.
LIBRERÍA NOESIS. C/ Pintor Baeza, Nº 8. – ALICANTE.
LIBRERÍA EL CLÍNICO UNIVERSITARIO. San Juan. - ALICANTE
LIBRERÍA 80 MUNDOS Avda. General Marvá, Nº 14 – ALICANTE.
LIBRERÍA INTERNACIONAL. C/ Rafael Altamira – ALICANTE.
LIBRERÍA MARÍA DEL PUY. C/ General Espartero, Nº 91. – ALICANTE.
LIBRERÍA LUXYMAR. Plaza Joaquín María López, nº 4 – ALICANTE.
LIBRERÍA EL CATÓN. C/ Virgen de los Desamparados, Nº 50 - NOVELDA.
LIBRERÍA PISCIS. Cehegín (MURCIA).
LIBRERÍA GRAN VÍA. Cehegín (MURCIA).
LIBRERÍA Mª JESUS. Cehegín (MURCIA).